

APOCALIPSIS

LUCKY MARTY

«APOCALIPSIS».

LUCKY MARTY

«APOCALIPSIS».

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 18.762 -1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor -Eduardo Tubau, 20 -Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

A cien mil millas de «Centauri», Dary Cowby conectó el intercomunicador y radió mientras se preparaba para la maniobra:

— ¡Atención! ¡Atención! Aquí «Z-4-31». Pido permiso para aterrizar.

Contra lo que esperaba, no obtuvo respuesta y repitió con voz monótona:

— Pido permiso para aterrizar. Aquí «Z-4-31». ¡Estoy llegando al límite de distancia para iniciar la maniobra!

El altímetro ya señalaba cuarenta mil millas y los cohetes de frenaje ya estaban listos para entrar en acción. Pero no obtuvo respuesta a sus mensajes y esta vez radió con voz apremiante:

— ¿Qué diablos pasa ahí? ¡He pedido permiso para aterrizar en «Centauri»! ¿Por qué no contestan?

El mismo agobiante silencio que le obligó a conectar la pantalla del visófono, para intentar ver la estación de control de «Centauri», en donde se suponía que sus servidores estarían al tanto de la astronave que se acercaba al planeta.

No era así y en la pantalla aparecieron los tableros de mando abandonados, como si nadie se ocupara de la torre de control de «Centauri». Aquello ya suponía una extraña anomalía y Dary Cowby accionó un botón para cambiar el ángulo de enfoque de su pantalla televisora.

Y, entonces, en un ángulo de la pantalla, apareció un primer plano del rostro de un hombre que parecía convulsionarse preso de mortal angustia, con gotas de sudor sobre la frente y la mejilla izquierda apoyada sobre el tablero de una mesa.

Dary Cowby se alarmó, creyó apreciar que aquel hombre movía lentamente sus labios y que uno de sus párpados se levantaba, como para mirarles a través de las pantallas del visófono que debían tener instalado allí.

Pero nada dijo o al menos ninguna voz llegó a la astronave de Dary Cowby quien, ya nervioso, apremió dando el mayor volumen al intercomunicador:

— ¿Qué le pasa, amigo? ¿Qué está ocurriendo ahí? ¿Por qué no contestan?

Siguió el silencio y el astronauta tomó una decisión: aterrizaría en «Centauri» fuera como fuese.

Empuñó los mandos e inició el viraje soltando los potentes cohetes de

frenado, recordando la tajante orden que su jefe le había dado en la Tierra:

— «Quiero un informe completo de «Centauri». ¡Algo raro está ocurriendo allí!»

Era arriesgado aterrizar en el astródromo de «Centauri» sin el permiso de los que regían aquel planeta extragaláctico, última frontera de las conquistas del hombre sobre el infinito Cosmos. Pero más arriesgado era ponerse ante su jefe Wernier Howard y decirle a la vuelta:

— «He fracasado, señor Howard: no he tenido valor para aterrizar en «Centauri».

Claro que si lo hacía...

¿No le ocurriría como a los otros?

El Gobierno Central Extragaláxico ya había enviado a «Centauri» a tres de sus mejores agentes-delegados y ninguno de los tres había regresado a la Tierra. Y Dary Cowby recordaba ahora al bueno de Joyce Roberts, al joven y simpático Sven Richter y al veterano von Matteuffeld.

¿Qué les había ocurrido?

¿Se habían volatizado acaso, con sus astronaves en el espacio?

Dary Cowby tuvo una idea repentina:

«¡Diantre! Posiblemente lograron aterrizar ahí pero luego...»

Hacía dos semanas que el Sistema había perdido el contacto con «Centauri». Primero, se pensó en una seria avería del servicio de intercomunicaciones. Más tarde, en vista de que no se lograba por ningún medio establecer las comunicaciones, el Gobierno Central Extragaláxico había decidido enviar a su agente-delegado Joyce Roberts: no había regresado; ni tampoco Sven Richter ni von Matteuffeld.

¿Tal vez a Dary Cowby le iba a ocurrir lo mismo? ¿Qué extraño fenómeno estaba ocurriendo en aquel planeta?

Siguiendo el mismo sistema que con otros, desde hacía unos años, «Centauri» estaba siendo colonizado: sabios científicos, profesores, ingenieros y toda clase de personal especializado, habían sido enviados allí al objeto de preparar en condiciones óptimas el planeta para que, poco después, la vida en «Centauri» pudiera desarrollarse normalmente.

Las primeras fases se habían conseguido y los resultados fueron sorprendentes: «Centauri» había resultado un planeta gigante excepcional. Poseía de todo lo que el hombre podía necesitar, incluso su atmósfera, perfectamente respirable; tras un breve período de aclimatación, era muy similar a la de la Tierra.

¿Qué más podía pedirse?

Durante años hacia «Centauri» partieron interminables caravanas de astronaves transportando todo lo necesario. El Gobierno Central Extragaláxico se había volcado materialmente en aquella última conquista del hombre, no escatimando nada de lo que fuera preciso. Miles de billones de dólares habían sido empleados en aquella empresa. Incluso se había llegado a pensar que, con los años, cuando la vieja Tierra quedara agotada en sus más importantes materias primas, la raza humana podría seguir desarrollándose en magníficas condiciones en «Centauri».

En realidad, tras los últimos informes recibidos, sólo dificultades técnicas, de medios, no de esencia, podían objetarse y tendrían que vencerse para el traslado masivo de toda la raza humana a «Centauri».

La Tierra ya empezaba a quedarse pequeña para los veinte mil millones de seres que la habitaban en el siglo IV de la Tercera Era Atómica. Cierto que desde la Primera, unos años después de que el hombre fuera lo bastante loco como para emplear la energía nuclear en destruirse a sí mismo, arrojando las primeras bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, con los viajes a la Luna y otros planetas de su reducido Sistema Solar, la madre Tierra se había visto aliviada de su congestión humana.

Cuando finalizó la Segunda Era Atómica y los viajes interplanetarios fueron cosa corriente, Marte, Júpiter y otros planetas del Sistema Solar fueron poblados por colonias terrícolas que arraigaron firmemente en ellos, pero siempre teniendo que vencer muchas dificultades.

Pero ¿qué eran dos mil millones de seres, poblando esos planetas que tenían que vivir en condiciones muy diferentes a la Tierra?

En Marte, Júpiter y los otros planetas del Sistema Solar la atmósfera siempre resultó irrespirable. Las condiciones climatológicas muy duras, la vegetación escasa y las materias primeras necesarias en proporción desigual. Por ejemplo, si en Marte no escaseaba el agua, el mineral era prácticamente inexistente: si en Júpiter existían continentes completos de hierro y otros metales, el agua no abundaba.

En estas condiciones, la raza humana no podía ni soñar en abandonar su primera cuna por más inconvenientes que empezase a notar. La Ciencia había avanzado mucho y era cierto que la vida resultaba relativamente mucho más fácil y cómoda en todos los sentidos, comparándola al principio de la Primera Era Atómica, cuando la Humanidad pasó por tiempos difíciles en los que estuvo al borde del suicidio colectivo. Pero también era cierto que la Ciencia había creado enormes dificultades.

¡Triste paradoja, la del incierto destino humano!

En las congestionadas ciudades, enormes colmenas humanas, había sido

preciso prohibir la circulación rodada de vehículos con carburantes. La energía eléctrica y las pilas atómicas habían suplido a la gasolina, el petróleo y el gas-oíl. Pero la atmósfera en ellas continuaba contaminada y en los laboratorios se sabía que se estaba llegando al límite de saturación.

Las zonas verdes eran prácticamente inexistentes. Y los ríos empezaban a estar contaminados por los detritus de las gigantescas industrias que, en filas interminables, se alzaban en una y otra orilla.

Los océanos, inagotables despensas durante siglos, parecían cansados de producir la múltiple variedad de pesca que siempre habían ofrecido generosos. Quizás el hombre, en su lucha despiadada contra la naturaleza, había terminado por aniquilar muchas de sus especies.

La Química y la Bioquímica habían realizado un esfuerzo gigantesco en cuanto a poner al alcance de cualquiera los alimentos concentrados. Las conservas estaban al orden del día, pero a la gente ya le molestaban los alimentos en conserva.

Los yacimientos auríferos se habían agotado. La siderurgia ultramoderna exigía cada año miles de millones de toneladas de hierro, cada vez más difícil de extraer de las entrañas de la tierra.

El petróleo también escaseaba y la madera resultaba insuficiente. Y no bastaban las fibras sintéticas ni los materiales plásticos por más que los laboratorios no dejaran de trabajar, porque al fin de cuentas éstos debían nutrirse de las materias primas necesarias.

La vieja madre Tierra estaba cansada, agotada, casi exhausta...

Instintivamente, el hombre había levantado la vista al cielo, quizás en muda oración pidiéndole ayuda a su Creador.

Y Dios le había mostrado su infinito Universo.

El espacio sin límites, los mundos siderales, las constelaciones de sus estrellas y las lejanas nebulosas.

¡Ahí estaba el porvenir y la salvación del hombre!

¿Por qué vivir siempre limitado en la Tierra, como topo medroso que no osa abandonar su mísero agujero?

El Universo es tan infinito como la misma Eternidad.

Tiempo y Espacio se confunden; son una misma cosa. Una ecuación divina que al hombre, juzgado colectivamente, le es dado manejar.

Lo que su abuelo o su padre no hizo, lo haría él. O su hijo o su nieto.

El hombre había comprendido el ofrecimiento y se lanzó, en los albores de la Primera Era Atómica, a la conquista del espacio buscando nuevos y

prometedores horizontes, llenos de luz y de posibilidades.

Pero había tenido que salir de su Sistema Solar, porque en él no encontró las soluciones de sus problemas.

* * *

Al empezar el siglo IV de la Tercera Era Atómica, dio un salto más audaz y, secundado por su refinada técnica, habituado ya con el espacio, se lanzó fuera de su Sistema Solar para llegar si era preciso a otras galaxias.

Fue cuando llegó a Centauro, constelación del hemisferio austral del cielo, extensa zona atravesada por la Vía Láctea, situada entre las constelaciones de Hidra, Cruz del Sur y Quilla.

Explorando este conglomerado globular de brillantes soles distantes de la madre Tierra a 21.000 años de luz, temió perderse e hizo escala en «Centauri», uno de los muchos planetas que giraban en torno a un Sol gigante, cuya luminosidad era 850.000 veces mayor que el que venía calentando el Sistema planetario de sus antepasados desde la larga noche de los tiempos.

Y «Centauri» le ofreció generoso el premio a su audacia y esfuerzos, mostrándole un planeta cuyas dimensiones le aterraron primero y más tarde le asombraron.

Un millón doscientas mil veces mayor que la Tierra, con veinte luminosos satélites y una temperatura media de veinte grados centígrados, «Centauri» resultaba como el Paraíso prometido hecho viva realidad incapaz de concebir.

Océanos inmensos: cadenas montañosas de quince y treinta mil metros de altura; ríos que parecían mares con anchuras de centenares de kilómetros: mesetas interminables tan extensas como toda África o Siberia: tupidos bosques de colorida vegetación con árboles de cortezas aromáticas: nieves perpetuas en alturas inaccesibles y soleadas playas de rubias arenas.

La Vida, la auténtica Vida, reinaba allí con toda su pujanza y esplendor.

Y, puesto que se había ganado aquel Paraíso con su tesón, su audacia y las maravillas de su técnica como creación de su cerebro, justo era que soñara con instalarse en «Centauri» para abandonar al fin su vieja y cansada madriguera.

Pero he aquí que ahora, cuando todo parecía un sueño cercano a convertirse en realidad, surgían las primeras dificultades.

Hacía dos semanas que «Centauri» había cortado toda comunicación con la Tierra y todo el Sistema Solar. Ni una sola noticia partía de allí, ni un solo mensaje se había recibido y los tres últimos enviados especiales del Gobierno Central Extragaláxico ni habían regresado ni dado señales de vida.

Sólo había un hombre que empezaba a descubrir el misterioso silencio en torno al lejano planeta «Centauri».

Se llamaba Dary Cowby y continuaba descendiendo, con su astronave.

CAPÍTULO II

Dary Cowby aterrizó sin ninguna dificultad.

Las grandes pistas metálicas del gigantesco astródromo de «Centauri» aparecían totalmente despejadas, y aunque nadie se cuidó de dirigir la maniobra, la realizó por sí solo con su pericia acostumbrada.

Pulsó el botón de la escotilla y esperó pacientemente a que ésta terminase de abrirse, mientras los motores de su «Z-4-31» entraban en reposo tras aquel largo viaje de varias semanas.

Bien: ya estaba en «Centauri», pero nadie salía a recibirle.

Y aquello resultaba muy extraño.

¡Excesivamente extraño y fuera de lo normal!

Pero nada más poner los pies sobre la pista desde algún sitio un altavoz empezó a zumbar:

— ¡Acérquese a los hangares de la izquierda! ¡Cumpla la orden!

Interiormente, Dary Cowby pensó para sí:

«¿Y qué pasará, si no lo hago?»

Quiso saberlo y se encaminó hacia la derecha. Dary Cowby había sido un hombre inquieto, un rebelde con iniciativas propias y precisamente eso le había llevado a ocupar el cargo que ahora tenía como agente-delegado del Gobierno Central Extragaláxico.

Pero tuvo que detenerse al instante. Dos rayos «Láser» flamearon desde alguna parte y, confundiéndose con el zumbido de haz luminoso capaz de desintegrarle, el altavoz volvió a tronar:

— ¡Cumpla la orden, majadero! ¡Hacia los hangares de la izquierda!

Decididamente se encaminó hacia allí, dispuesto a recorrer las dos millas de distancia que le separaban de las primeras construcciones que se adivinaban en tal dirección.

Eran unos edificios ultramodernos de acero y vidrio inastillable y, en aquel instante, el gigantesco sol que calentaba a «Centauri» y todo el Sistema arrancaba plateados destellos de aquella construcción de más de cien pisos de altura.

Cuando estuvo a unas cien yardas y calculó que podrían oírle gritó:

— ¿A qué viene esto? Soy Dary Cowby, agente-delegado del Gobierno Central y vengo en viaje de inspección.

La misma voz impersonal de los altavoces contestó:

— Lo sabemos. Siga acercándose y deje de hacer preguntas.

Y para que no tuviese dudas al segundo prosiguió:

— ¡Le estamos apuntando, señor Cowby!

Dary Cowby siguió avanzando mientras rezongaba:

— ¡Lo sé! Lo sé... ¡Condenados sean! ¿Qué pasa aquí? ¿Alguna sublevación?

Llegó hasta los hangares y allí vio a varios hombres vistiendo unos extraños uniformes grises que se apresuraron a rodearle. Uno de ellos parecía el jefe y ordenó a los otros:

— Llévenlo a la desinfección.

Otro de ellos hizo un gesto para que les entregase su arma. Dary Cowby obedeció en silencio, pero luego preguntó calmosamente:

— ¿A qué viene todo esto, amigos?

— Le hemos dicho que no haga preguntas.

— Supongo que conocen mi misión. Debo presentar un informe completo de lo que ocurre aquí en la Tierra. El Gobierno Central...

— Usted jamás regresará a la Tierra — sentenció el hombre que parecía el jefe.

Esta vez Dary Cowby se alarmó.

— ¿Cómo dijo? —inquirió.

— Que jamás volverá a la Tierra, señor Cowby. En «Centauri» no queremos más tratos con ella. ¡Eso es todo!

— ¿Están locos? Pero...

Dos manos fuertes atenazaron sus brazos y empezaron a conducirle hacia uno de los extremos de la gran sala. Alguien debió oprimir un mando y una puerta se abrió silenciosamente. Sobre ella campeaba un rótulo luminoso:

Desinfección.

Le empujaron dentro del cuarto y la puerta silenciosa empezó a cerrarse. Era inútil toda resistencia: dos de aquellos policías uniformados permanecieron ante la salida con sus mortíferas armas apuntándole directamente. Permanecían impasibles, quietos allí, mirándole significativamente.

Dary Cowby se resignó y una vez solo las paredes llamaron su atención. Por unos pequeños orificios salía una especie de vapor que poco a poco empezó a invadirlo todo. Olía a gas metano y parecía tener un tenue sabor agridulce. Dary Cowby lo identificó al instante.

— ¡Protocarburo de hidrógeno! ¡Van a matarme!

Desesperadamente corrió hacia la puerta y la golpeó con furia, gritando con cólera impotente:

— ¡Canallas! ¡Asesinos! ¿Es esto lo que han hecho con los otros enviados del Gobierno Central?

Sentía que la cabeza empezaba a darle vueltas, que las fuerzas le faltaban y que un sudor frío, anuncio de la muerte quizá, le empapaba todo el cuerpo.

Pero siguió golpeando la puerta sin dejar de gritar:

— ¿Por qué? ¿Por qué hacen esto?

No obtuvo respuesta.

Sobre «Centauri» seguía reinando el misterio...

* * *

Dary Cowby despertó cómodamente instalado en una soleada habitación.

Bruscamente, se incorporó y quedó sentado en el lecho observándolo todo, realizando un esfuerzo mental para situarse, para recordar los últimos angustiosos momentos pasados en aquella reducida cámara por cuyas paredes había salido el gas que le adormeció.

Se dio cuenta de que tenía puesto un fino pijama de seda e instintivamente buscó con la mirada su traje espacial, con el que había venido desde la Tierra. No estaba por allí y, en su lugar, un butacón, como si le esperara para que se lo pusiera, descubrió uno de aquellos uniformes grises exactamente igual a los que había visto utilizar a los hombres que le recibieron en la pista de aterrizaje.

Se acercó descalzo al butacón y examinó detenidamente el uniforme. Era de fibras sintéticas y las altas botas parecían a simple vista de piel. Estaban totalmente nuevas y eran de su medida. Por lo visto en «Centauri» eran muy cuidadosos en los detalles.

Siguió descalzo sobre la alfombra examinando la habitación y le pareció una lujosa «suite» de un gran hotel de lujo. En la ventana una fresca brisa movía los visillos y esto le indicó que la ventana estaba abierta.

Se encaminó presuroso hacia allí para observar el exterior. Era una planta baja y el jardín, bien cuidado y con gran variedad de flores, tenía un aspecto tropical que Dary Cowby recordaba haber visto cierta vez que pasó unas cortas vacaciones en la isla Samoa, en pleno corazón del Océano Pacífico.

No lo pensó dos veces y tal como estaba vestido, con el fino pijama de

seda y descalzo, saltó por la ventana al jardín. Su piel desnuda tocó la fresca hierba y avanzó por aquella alfombra verde apartando los parterres de aromáticas flores.

No sabía dónde estaba ni adonde iba, pero quería averiguarlo.

Y entonces una agradable voz femenina preguntó a su espalda:

— ¿Siempre utiliza la ventana, señor Cowby? ¿No le resulta mucho más cómoda la puerta?

Dary Cowby giró la cabeza en redondo y sus ojos se dilataron llenos de franca admiración al encontrar a la mujer que le estaba observando divertida.

Estaba en el jardín regando las flores y sus manos, protegidas con unos guantes de plástico, sostenían también unas tijeras.

Era alta y rubia, magníficamente proporcionada y con un gracioso mohín en sus labios entreabiertos, que dejaban ver una doble hilera de blancos dientes, perfectamente simétricos. Tenía la tez sonrosada y los colores de sus tersas mejillas anunciaban una excelente salud que vigorizaba todo aquel armonioso cuerpo joven y esbelto, capaz de atraer la mirada de todos los hombres.

Dary Cowby se dijo que, en sus treinta años y en sus muchos viajes, jamás había contemplado a una mujer igual.

Pero en voz alta contestó:

— No, señorita. Sólo la utilizo en casos de emergencia.

Se detuvo al observar el cuidadoso examen de la joven. Siguió la dirección de su mirada y entonces se dio cuenta que seguía en pijama y que sus pies continuaban descalzos. Por eso esbozó una sonrisa disculpándose:

— Perdone: no he tenido tiempo de vestirme.

— ¿Tanta prisa llevaba, señor Cowby?

— Bueno, yo...

Volvió a detenerse para avanzar al fin cada vez más intrigado y preguntar:

— ¡Oiga! ¿Cómo sabe mi nombre, encanto?

— Soy su vecina, señor Cowby. A usted le han destinado en este Distrito.

— ¿Me han destinado? ¿Quién...?

— La Junta Rectora de «Centauri». Anoche le trajeron conmocionado y el delegado del Distrito nos informó que desde ahora usted viviría aquí.

— ¿Conmocionado? ¿Sabe que quisieron envenenarme? — dijo.

La risa brotó francamente de aquellos tentadores labios.

— ¡No sea niño, señor Cowby! Nadie quiso envenenarle.

— ¡Pero me encerraron en una cámara! Soltaron protocarburo de hidrógeno y...

— No era protocarburo de hidrógeno, señor Cowby. Simplemente se trataría de los gases desinfectantes. A todos los que llegaban al planeta les someten a la limpieza de cualquier germen nocivo para la comunidad.

Dary Cowby quedó pensativo hasta decir:

— Sí, claro... Debió de ser eso. En otro caso ahora no estaría aquí, contemplando a la mujer más bella de todo el Universo.

— Muy amable, señor Cowby. Pero le sugiero que entre en su casa y se vista. ¡Las reglas son muy severas aquí!

Volvía a haber un tono divertido en su voz y dejó de mirarle para seguir con las flores. Pero el hombre avanzó más hacia ella, preguntando:

— Antes unas cuantas preguntas, señorita...

— Eva 2.301, señor Cowby.

— ¿Cómo?... ¿Ese..., ese número es su apellido?

— ¡Exactamente, señor Cowby! A usted también la Junta Rectora le asignará un número. Los funcionarios dijeron que, cuando se recuperase, vendrían por usted, para llevarle al Control.

— ¿De qué funcionarios está hablando?

— De los de la Junta Rectora. Los que le instalaron aquí.

— ¿Unos tipos fuertes como robles, vestidos de gris?

— Aquí todos los hombres son fuertes y visten igual. ¡Nosotras también!

Dary Cowby contempló la graciosa silueta de la muchacha rubia, fijándose con atención en el vestido que llevaba. Se componía de dos piezas; blusa blanca de mangas cortas y airosa minifalda del mismo color.

Realmente, Eva 2301 estaba muy atractiva con aquel atuendo; pero Dary Cowby se preguntó cómo se distinguirían en «Centauri» las mujeres si todas eran altas y rubias y vestían lo mismo.

Pero encontró la respuesta en el número que la muchacha le mostraba con cierto orgullo, marcado en una de las mangas de su blanca blusa con cifras color oro. Y en la piel del brazo también... ¡Marcado al fuego!

— Está bien, señorita 2.301. ¡Espero que el número que me asignen a mí no sea el trece!

Fue a dirigirse a su apartamento cuando otra pregunta brotó espontánea en sus labios, deseando saber:

— Dígame, rubita: ¿sabe algo de unos amigos míos que debieron de llegar no hace mucho?

— ¿Se refiere al 10.513, al 10.514 y al 10.515?

— Me refiero a tres agentes-delegados del Gobierno Central Extragaláxico que fueron enviados aquí en viaje de inspección. En la Tierra se llamaban Joyce Roberts, Sven Richter y Von Matteuffeld.

— Sí, deben de ser ellos. Por unos días les instalaron también aquí. Luego se los llevaron.

— ¿Adónde?

— Al Mar de las Tormentas. Deben de estar pasando su período de pruebas.

— ¿Qué pruebas, rubita?

La muchacha protestó, con cierto recelo en sus azules ojos:

— No me llame «rubita». Si los vigilantes de la Junta Rectora lo saben no les gustaría y yo sufriría un castigo.

— ¡Canastos! ¿Tendré que llamarla simplemente 2.301?

— Será mucho mejor.

— Está bien; pero en tal caso prefiero llamarla Eva.

La respuesta de la muchacha fue aún más desconcertante:

— Debe llamarme por mi número: en «Centauri» todas las mujeres nos llamamos Eva.

— ¡No me diga!... Pero déjeme adivinar: ¿se llaman todos los hombres Adán?

— ¡Sí! ¿Cómo lo acertó?

— Simple deducción, rubita... Perdón: quise decir 2.301.

Y ya se dirigía hacia la puerta del apartamiento que le habían asignado, cuando añadió:

— Y creo adivinar también que he llegado a un planeta regido por locos.

Entró y nuevamente examinó con atención la lujosa habitación donde le habían instalado. Todo estaba limpio y en orden allí. Todo era pulcro, útil y cuidadosamente fabricado. Pero no había ni un solo detalle artístico, ni un cuadro, ni una mínima exigencia de esas que requiere el espíritu.

Cogió el uniforme gris y lo estuvo examinando atentamente. Se figuró que en una de las mangas pronto quedaría grabado un número. Posiblemente el 10.516. ¿Y todo aquello por qué?

En limpio sólo sacaba una cosa: no le habían matado y al parecer a los demás agentes-delegados del Gobierno Central Extragaláxico tampoco. Se habían limitado a no dejarles regresar a la Tierra con sus informes y ponerles un número.

Bueno: aquella venus rubia que decía llamarse Eva 2.301 le había dicho que se los llevaron al Mar de las Tormentas, para pasar su período de pruebas. ¿Harían con él lo mismo?

Y, si era así, ¿dónde estaba el Mar de las Tormentas en «Centauri»? ¿Era un lugar de castigo? ¿Una especie de campo de concentración? ¿Por qué habían llevado a sus tres amigos allí? ¿Por qué todos los hombres y mujeres de aquel planeta tenían un mismo nombre y sólo se distinguían por su número?

— ¡Están marcados como si fueran reses! —musitó malhumorado.

Se puso el uniforme gris. No iba a pasarse la vida con aquel pijama de fina seda. No tenía nada más que esperar. Esperar...

Lejos de la Tierra, a muchos años-luz de distancia, sin su astronave, sin una sola arma, sin saber contra quién o contra qué tenía que luchar, no quedaba más camino que la espera.

CAPÍTULO III

Cuando Day Cowby acabó de vestirse aquellas ropas grises que le habían dejado sobre el butacón hizo un descubrimiento que le dejó helado.

En su brazo izquierdo y a la altura del bíceps, justamente donde terminaba la corta manga de la blusa gris, vio un número marcado en su propia piel.

¡Era el 10.516!

— ¡Condenados sean! —exclamó en voz alta, sin poder contenerse.

Corrió hacia el baño e intentó borrarlo utilizando una pastilla de jabón muy aromático y espumoso que encontró allí. Una y otra vez frotó y frotó con energía sin ningún resultado positivo.

Y entonces una voz opaca, impersonal, dijo a su espalda:

— No se canse, señor Cowby. Desde ahora ya es usted el 10.516.

Dary Cowboy no tuvo que volverse. La imagen del hombre estaba reflejada en el espejo que tenía delante y fijando sus ojos allí tan sólo preguntó:

— ¿Por qué?

— Nunca discutimos las órdenes de la Junta Rectora en «Centauri». Y es mejor que usted haga lo mismo y se vaya acostumbrando.

Esta vez Dary Cowby se giró sobre los tacones de sus botas nuevas y estuvo contemplando al hombre alto y rubio que tenía plantado ante él. Al instante se dio cuenta que era un hombre alto y musculoso, extremadamente fuerte. Su rostro era de rasgos perfectos, pero parecía pétreo, como si careciese de emociones. Sus ojos profundamente azules, duros y penetrantes, pero en ellos no parecía brillar la inteligencia. Iba vestido exactamente igual a él, con el monótono uniforme gris de los hombres que le recibieron en los hangares del astródromo, y con mudo gesto, como si con ello quisiera explicarle muchas cosas, le mostró su brazo desnudo donde, al terminar la breve manga de la blusa gris también tenía grabado un número.

— Soy el 406... Encantado de conocerle, 10.516 — dijo sin alterarse.

— Siento no poder decir lo mismo. ¡Yo no estoy encantado de conocerle a usted!

— Se irá acostumbrando.

Seguía plantado ante la puerta del baño y parecía decidido a no dejarle salir, ocupando casi toda la puerta con su hercúleo cuerpo. En rápida ojeada Dary Cowby le examinó y se dijo que, aunque no estuviera armado con una pistola de rayos «Láser», difícilmente podría vencerle en una lucha de poder a

poder.

Por otra parte, ¿qué adelantaba con liarse a golpes con aquel hombre? Era mejor utilizar el cerebro que los músculos y por eso dijo más calmado:

— ¿Cómo entro en mi departamento?

— Los vigilantes de la Junta Rectora tenemos llaves de todas las casas en «Centauri». Tiene que venir conmigo a Control.

— Bien, cuando guste, amigo. ¡Ustedes mandan! — admitió.

— No me llame amigo. Limítese a llamarme por mi número.

— Temo que no llegaré a acostumbrarme.

— ¡Lo hará! Es muy fácil: en caso de que le falle la memoria, no tiene nada más que mirarnos al brazo.

— Está bien, 406. ¿Vamos?

Siguió los pasos de aquel hombre que era casi tan alto como él, y eso que Dary Cowby siempre había presumido de su metro ochenta y de poseer una fuerza física nada normal. Mientras caminaban por el jardín se fijó en las recias espaldas del hombre rubio y mentalmente se dijo que era todo un atleta.

Buscó a la muchacha rubia y ya no estaba en el jardín, pero sí otros cinco individuos que al parecer esperaban a su compañero.

¡Y lo extraño era que todos se parecían como una gota de agua a otra gota!

¡Exactamente iguales!

La misma altura, la misma constitución física, el mismo rostro viril y anguloso, las mismas cejas, los mismos brazos musculosos cada uno con su correspondiente número marcado en la tostada piel y al final de las breves mangas de sus uniformes grises, los mismos movimientos algo mecánicos y el mismo brillo en los azules ojos...

Quiso reponerse de su propia sorpresa y Dary Cowby preguntó, zumbón:

— ¿Son todos hermanos gemelos?

Uno de ellos respondió, sin inmutarse lo más mínimo:

— En «Centauri» todos somos hermanos. ¡Todos somos iguales!

— Lo veo. ¡No hace falta que lo jure, amigo!

— No me llame amigo. Soy el 93.

Dary Cowby vio aquel número grabado en la tostada piel del robusto brazo y desistió de mirar la numeración de los otros. ¿Para qué?

Un vehículo les estaba esperando y, ante los mandos, otro hombre

exactamente igual que los que le daban escolta, mientras subían puso en marcha el motor. Se trataba de un último modelo de reactor terrestre de los que Dary Cowby había visto utilizar a los altos funcionarios del Gobierno Central Extragaláxico en la Tierra, pero con algunas ligeras modificaciones.

No tenía ruedas y se deslizaba a gran velocidad sobre un colchón de aire a unas pulgadas del suelo, siempre a la misma altura de la pulida calzada que a Dary se le antojó metálica.

Las casitas con su correspondiente jardín desfilaban ante ellos a gran velocidad y por las calles, siempre con sus uniformes grises y blancos y exactamente todos iguales, hombres y mujeres rubias marchaban sin prestarles la más mínima atención.

Dary Cowby se dijo para sí que aquello resultaba tan monótono como alucinante y por un instante pensó:

«¡Son robots humanos!»

No había otra explicación posible para aquella uniformidad en hombres y mujeres todos lo mismo. No podía existir tan exacta semejanza entre ellos. Era de todo punto imposible que todos, absolutamente todos, fueran iguales, como si alguien les hubiera «fabricado» en serie.

Un deseo irreprimible le asaltó. Quería saber si aquellos hombres y mujeres eran de carne y hueso o simples muñecos con movimientos y apariencia humana, y, como estaba sentado en la parte posterior del vehículo entre dos de ellos, hizo lo posible para que su brazo desnudo entrase en contacto con los de ellos.

¡Sí! La piel de aquellos brazos robustos y musculosos tenían la tibieza de la carne humana. Sus anchos tórax se agitaban acompasadamente por la respiración, sus ojos pestañeaban y deseando comprobar una vez más su voz de timbre impersonal, pero humano, Dary Cowby preguntó:

— ¿Dónde me llevan?

Uno de ellos dijo, pausadamente:

— Ya se lo dije: a Control.

Ansiaba saber más, comprobar más, conocer más de aquellos hombres y por eso siguió preguntando:

— ¿Ustedes han nacido aquí, o les enviaron desde la Tierra?

— Todos hemos nacido en «Centauri». Este planeta es nuestra patria. ¡Nada queremos saber con la Tierra!

— Me gustaría saber por qué.

— Se lo dirán los de la Junta Rectora.

— ¿Me permite ver su número, amigo? Comprendan que con su exacta semejanza me hago un lío.

El hombre rubio le mostró su brazo con el número, contestando:

— Ya se lo dije antes. Yo soy el 93.

— Encantado de conocerle, 93... Yo soy al parecer, desde ahora, el 10.516.

— Ya lo sabemos. Es el que le corresponde.

— Sólo otra pregunta más: ¿Qué hay de los hombres que la Tierra envió aquí?

— Están en los lugares que les corresponden. La Junta Rectora lo ha decidido.

— Por lo visto, aquí en «Centauri» todo lo ordena la Junta Rectora. ¿No es así?

— Así es. Pero usted dijo que sólo haría una pregunta más.

— ¿Les molesta mi charla?

— No. Pero no tiene objeto. Nosotros poco podremos informarle.

— De todas formas me resultan simpáticos. ¡Palabra!

Todos le miraron fijamente, con frialdad en aquellas azules pupilas todas iguales, exactamente iguales.

¡Resultaba desconcertante!

El vehículo continuaba deslizándose sobre la calzada y sólo de vez en cuando, al cruzar otra pista, aminoraba la marcha. Otros vehículos parecidos o de distinto tamaño se cruzaban con ellos y al llegar ante unas altas murallas donde había un cuerpo de guardia de hombres altos y rubios, con el consabido uniforme gris, se detuvieron.

Le hicieron bajar y entonces Dary Cowby comprendió que aquellas últimas horas había permanecido en un recinto cerrado, especie de gigantesca ciudad, en donde todo estaba perfectamente controlado.

Los hombres de su escolta se identificaron ante los de la guardia mostrando cada uno su correspondiente número que quedó debidamente registrado en un libro, y el que le había ido a buscar a su departamento y lucía el 406 le ordenó:

— Muestre su número, 10.516.

Dary Cowby lo hizo mostrando su brazo marcado y observó que el número quedaba registrado en otro libro distinto. Y apenas se molestó en observar a los nuevos vigilantes tras comprobar que en nada se distinguían de

los que le habían escoltado hasta allí.

Las puertas de la alta muralla se abrieron electrónicamente, en silencio, y unos pasos más allá, esperándole junto a otro vehículo, una nueva escolta de hombres altos y fuertes le indicaron que se acercara.

Uno de ellos hizo algo inesperado, pero que venía a ser como una muda y categórica advertencia.

Desenfundó su pistola de rayos «Láser», apuntó cuidadosamente a uno de sus compañeros y disparó.

Disparó sin piedad...

¡Matándole!

El hombre alto y rubio cayó fulminado atravesado por el rayo «Láser», que flameó durante una fracción de segundo, quedando tendido junto al nuevo vehículo que les esperaba.

Ninguno de sus compañeros se inmutó. Dary Cowby, horrorizado, creyó que ni tan siquiera habían pestañeado. Y lo más extraño y curioso fue que la víctima, cuando se vio apuntado, tampoco hizo nada para impedir que su compañero le asesinara.

Del grupo de hombres salió una voz que se limitó a decir:

— Borren al 911 y quítenle de ahí.

Los cuatro restantes contestaron a la vez, de forma impersonal.

— Sí, 420.

¡Nada más!

Pero, mientras le trasladaban al otro lado de las murallas, furioso, encarándose con el hombre que había disparado contra su compañero, Dary Cowby gritó:

— ¡Asesino! ¿Por qué hizo eso? ¡No había ninguna necesidad!

Las pupilas azules de aquel hombre se clavaron en él, limitándose a decir:

— La había. Cumplo órdenes de la Junta Rectora.

— ¿Qué clase de monstruos componen esa condenada Junta Rectora? Le digo que yo no intentaba escapar.

— Sería inútil que lo intentase, 10.516.

— ¿Entonces...? ¿Por qué esa absurda demostración de fuerza? ¿Es que no siente nada tras haber asesinado a su compañero?

Extrañamente, el hombre alto y rubio contestó:

— No, nada. No siento nada.

— ¿Qué son ustedes? ¿Hombres o máquinas?

— Somos hombres. Hombres nacidos por la voluntad de la Junta Rectora en «Centauri». Al 911 le reemplazarán con otro número en cuanto ellos quieran.

— Perfecto: allá ustedes con su conciencia, pero en la Tierra...

— A nosotros nada nos importa la Tierra.

Los otros cuatro regresaban ya sin el compañero muerto y uno de ellos dijo:

— Tenemos que llevarle a Control, 10.516. Y esperamos que después de lo que ha visto no nos obligue a utilizar la fuerza con usted. Nos han dicho que usted es muy valioso y no quisiéramos que...

— ¿Yo valioso para ustedes? ¿Por qué?

— Eso lo sabrá la Junta Rectora. Nosotros cumplimos órdenes. Pero si intenta algo...

El recuerdo de aquel hombre fríamente asesinado estaba aún en la mente de Dary Cowby, que contestó, desanimado:

—Descuiden, no intentaré fugarme. Ya sólo deseo una cosa. ¡Decirles cuatro verdades a los locos asesinos de la Junta Rectora!

Mientras le obligaban a subir al vehículo, uno de ellos contestó:

— Nunca verá a los de la Junta Rectora. Usted ya sólo es un número más.

— Se equivocan, amigos. ¡Hay algo en mí que me hace muy distinto a todos ustedes!

— ¿Se refiere a su apariencia física?

— Me refiero a mi conciencia, a mis conceptos humanos, al sentido del bien y del mal que me han enseñado. ¡Yo soy incapaz de asesinar fríamente, como hacen ustedes!

— Tendrá que acostumbrarse. Si la Junta Rectora le ordena algo, obedecerá.

Dary Cowby estalló aún más furioso:

— ¡Yo no soy ningún autómata, como ustedes!

— No somos autómatas. ¡Somos hombres! —respondió con orgullo uno de ellos.

Ahora el vehículo se deslizaba por una gran llanura y sólo muy lejos, a izquierda y derecha, se podían ver los últimos pisos de algunos altos edificios construidos todos ellos con acero y vidrio que resplandecían al sol.

Y enfrente un horizonte sin límites que se les iba tragando, como si la metálica cinta de la uniforme carretera no tuviera fin.

Dary Cowby tenía los ojos fijos allí y recordaba vagamente que «Centauri» era un millón doscientas mil veces mayor que la lejana Tierra. Jamás había estado anteriormente en aquel planeta, pero cuando emprendió el viaje le dieron los datos suficientes sobre él.

Pero lo que no le dijeron es que en «Centauri» todos los hombres y mujeres eran exactamente lo mismo y una endemoniada Junta Rectora gobernaba sus destinos. Que Dary Cowby recordase, su jefe le había dicho que al frente del Gobierno de «Centauri» estaba destinado el profesor Adolf Meisser y una veintena de sus más directos colaboradores. El resto de la colonia establecida en el nuevo planeta estaba compuesta por unos veinte mil técnicos de toda la amplia gama del saber humano, entre hombres y mujeres que habían sido enviados para que preparasen a «Centauri» al objeto de recibir en su día a toda la raza humana a la que se le quedaba pequeña la desgastada Tierra.

Sin embargo, ahora parecía que en «Centauri» nada querían saber de la Tierra. Alguna sublevación parecía que había tenido lugar allí.

¿Qué había sido del profesor Adolf Meisser y del Gobierno que presidía en «Centauri»? ¿Dónde estaban los veinte mil hombres y mujeres que habían sido enviados allí? ¿Quién había capitaneado aquella sublevación y por qué motivos? ¿De dónde habían salido aquellos hombres y mujeres todos iguales, únicos habitantes del planeta que había visto? ¿Por qué eran todos iguales, exactamente iguales? ¿Cómo era posible una cosa así?

Todas estas preguntas martilleaban en el cerebro de Dary Cowby, que salió de su letargo cuando uno de sus acompañantes dijo:

— Ya llegamos.

Volvió a clavar la vista en el horizonte, del que parecían brotar toda una serie de metálicos edificios, a medida que el vehículo se acercaba a gran velocidad.

Más que una ciudad aquello parecía las instalaciones de un gigantesco laboratorio con infinidad de factorías. Distinguió relucientes depósitos de gran altura; torres metálicas que apuntaban al cielo donde aún lucía el enorme sol gigante de «Centauri»; centenares de chimeneas que lanzaban densas nubes de humo negro y rojizo elevándose sin cesar; altos puentes por los que cruzaban vehículos en un ir y venir infatigable, como si el tráfico estuviera regido electrónicamente de forma sabia, infalible, previamente determinada.

El vehículo fue aminorando la marcha y Dary Cowby quiso saber:

— ¿Ahí está el Control?

La respuesta fue seca, sin más comentarios:

— Allí está.

Y al poco se mezclaba con el intenso tráfico en donde, para mayor asombro de Dary Cowby, todos los vehículos eran conducidos por hombres o mujeres rubias que vestían los mismos uniformes y resultaban exactamente iguales unos de otros.

Sólo se distinguía las blancas blusas de ellas y las grises de ellos. Los viriles rostros de los hombres y las airosas siluetas de las mujeres.

Según le habían dicho, Evas y Adanes, cada uno con su correspondiente número grabado en los brazos.

Y Dary Cowby se sorprendió pensando:

«Debe de haber centenares de miles de ellos. ¡Y todos iguales!»

¿Cómo era posible aquello?

CAPÍTULO IV

El hemiciclo era enorme y Dary Cowby calculó que en las gradas del anfiteatro habría sentadas unas treinta mil personas, observándole. Él permanecía ante la tribuna presidencial y a derecha e izquierda le vigilaban dos de aquellos hombres rubios nacidos en «Centauri» que le habían traído.

Ya no se molestó en observar los rostros de aquellos hombres y mujeres que atestaban la gran sala. Sabía de antemano que no sería capaz de distinguirlos unos de otros.

No obstante, los siete que estaban sentados tras la tribuna presidencial presentaban una curiosa particularidad. No tenían cabellos y sus cabezas estaban afeitadas totalmente.

El del centro le preguntó tras examinar unos informes:

— ¿Está dispuesto a jurar los Estatutos de la Junta Rectora?

Dary Cowby no vaciló al contestar:

— Mal puedo comprometerme y jurar sobre algo que desconozco. Pero por lo que llevo visto creo que...

— Se le dará un ejemplar de los Estatutos.

— Ahorremos trabajo: díganme qué diablos pasa en «Centauri» y luego hablaremos. Deben saber que el Gobierno Central Extragaláxico me envió para que realizase un informe detallado de por qué han cortado toda comunicación con el resto del Sistema. Otros agentes-delegados fueron enviados antes y no regresaron. En la Tierra quieren saber...

Otro de los que componía la presidencia le atajó:

— Nada nos importa lo que quieran saber en la Tierra. ¡Nos hemos declarado independientes!

— ¿En nombre de quién?

— En nombre de todos los habitantes de «Centauri».

— De acuerdo: al parecer, todos ustedes han nacido aquí y admito que tienen derecho a elegir la clase de gobierno que les convenga. Pero olvidan algunas cosas de suma importancia. A saber: la Tierra fue quién descubrió este planeta y quien empleó todo su esfuerzo para trasladar los medios técnicos que le están haciendo habitable. De la Tierra llegaron los hombres con sus máquinas, con sus ingenios y con su trabajo. Y lo quieran o no, todos ustedes son descendientes de hombres y mujeres que fueron enviados a esta colonia.

Un murmullo de protesta se elevó en todo el amplio hemiciclo atestado de

aquellos hombres y mujeres rubias.

Dary Cowby no pudo distinguir lo que todos gritaban, pero uno de la presidencia concretó con su enérgica negativa:

— ¡Mentira! ¡Nosotros somos hijos de la Junta Rectora!

— Bueno, supongo que esa famosa Junta Rectora estará compuesta por hombres llegados de la Tierra. ¿No es así?

La respuesta también fue contundente:

— ¡No!

Dary Cowby quedó muy extrañado.

— ¿Cómo? ¿Pretenden decirme que ustedes no son descendientes de hombres y mujeres llegados a este planeta desde la Tierra?

— Exactamente, 10.516.

— ¡Me llamo Dary Cowby! —protestó también con energía.

— Ahora es usted el 10.516.

— Como quieran, no discutiremos eso; pero sí el hecho improbable de que hayan nacido por creación espontánea.

— Y ¿por qué no? ¿Qué saben ustedes de nuestras nuevas técnicas?

Dary Cowby procuró serenarse antes de añadir:

— No crean que van a confundirme con sus respuestas evasivas. Indiscutiblemente, a la vista salta que algo pasa entre ustedes. No llego a comprender esta monótona uniformidad física, este exacto parecido entre todos.

Y, siguiendo su pensamiento, terminó con cierto tono burlón:

— Por lo menos, allá en la Tierra la naturaleza humana se muestra más ingeniosa y variada. Ningún hombre se parece a otro, a no ser que sean gemelos o de los mismos padres.

— Nosotros tenemos todos un padre común.

Nueva perplejidad de Dary Cowby, que exclamó, la boca muy abierta:

— ¿Cómo? ¿Afirman que todos ustedes son hijos de un mismo padre?

— ¡Así es! Tenemos un solo padre.

Era absurdo admitirlo, pero musitó, como si tratase con locos:

— ¡Ya! Y todos son hijos de la Junta Rectora. ¿Verdad, amigos?

— ¡Exactamente!

Reinó un largo silencio que Dary Cowby rompió al proponer:

— Está bien: puesto que nada tenemos en común y no llegaremos a entendernos, ¿quieren decirme qué han hecho con los diez mil colonos que enviamos aquí?

— La Junta Rectora les ha destinado a los lugares correspondientes.

— ¡Y dale con esa Junta Rectora! ¿Quieren decirme cuándo podré hablar con alguno de ellos?

— Si jura y promete respetar nuestros Estatutos, es posible que sea destinado con alguno de los técnicos que llegaron de la Tierra.

— ¿A qué obligan esos Estatutos?

— A respetar y acatar siempre las leyes de la Junta Rectora: a trabajar para el florecimiento de nuestra civilización en «Centauri»: a no desear nunca salir de nuestro planeta: a desechar todo sentimiento personal, en aras de la colectividad y a renegar de la Tierra.

— ¡Alto ahí! No tengo por qué renegar de la Tierra, si nada me liga a ustedes. Sólo vine en viaje de inspección, y mal puedo dedicarme a defender y trabajar por una sociedad que rechaza todo parentesco con la Tierra. Allí tenemos nuestras propias leyes, nuestro sentido de la moral y nuestra creencia en un Dios universal.

Nuevos murmullos reprobatorios se elevaron en todo el amplio hemiciclo, apenas atajados por la voz de uno de la presidencia que bramó colérico:

— ¡Aquí tenemos nuestro jefe!

Y otras voces que gritaban:

— ¡Sí! ¡Sí!

— ¡Nuestro Crosmocrátor!

— ¡El dueño de la vida y la muerte!

Cuando se calmó algo el alboroto, Dary Cowby preguntó, ansiosamente:

— ¿El número uno?

Dary Cowby recordó la numeración que todos tenían grabada en sus brazos, los números que él mismo ya tenía, y tímidamente preguntó:

— ¿Puedo..., puedo verlo? ¿Hablar con él...?

Arreció nuevamente el alboroto, con toda clase de insultos y denuestos:

— ¡Qué osadía!

— ¿Cómo se atreve a tanto?

— ¡Matadle!

Dary Cowby en vano gritaba:

— ¡Calma, señores, calma! Les digo que...

Pero hombres y mujeres saltaban ya por las gradas, se precipitaban hacia él y le habrían aplastado allí mismo como si fuera una mísera mosca si en aquel instante, dominándolo todo, una voz imperiosa no hubiese ordenado:

— ¡Quietos todos! ¡Os habla el Número Uno! ¡El Cosmocrátor!

Y lo insólito fue que, como por arte de magia, como si aquella voz tuviera un efecto paralizante, todos aquellos miles de hombres y mujeres airados hasta el paroxismo quedaron petrificados, quietos como estatuas, clavados donde estaban y mirando todos a la alta bóveda del amplio hemiciclo.

Instintivamente, Dary Cowby alzó también la vista hacia el techo, pero no vio nada.

Sólo losas de cuarzo transparente que dejaban penetrar la luz solar, siempre intensa en «Centauri».

Sin embargo, de allí, del techo, la misma voz siguió surgiendo para ordenar, al parecer más calmada:

— Retiraos todos. Cada uno a su puesto.

Una pausa prolongada que parecía helar los huesos y luego, nuevamente imperiosa, la voz volvió a tronar en última orden:

— ¡Que nadie toque al 10.516!

Dary Cowby miró su brazo y vio aquella cifra grabada allí, sobre su piel con números color oro.

¡Era él!

Luego entonces nada le pasaría. No tenía ya porqué temer.

Los hombres y mujeres rubias desfilaban en silencio hacia las salidas de la gran sala, las cabezas bajas, mirando al suelo y sin un solo comentario. Parecían sonámbulos sumidos en profundo sueño, pero movidos por una sola voluntad.

El Cosmocrátor, el Número Uno, había ordenado.

¡Y todos obedecían, sumisamente!

Pasaban ante él sin mirarle, si notar su presencia física. Hasta los mismos siete hombres de cabezas afeitadas que presidieron el extraño tribunal dejaron sus sitiales y se encaminaron como dóciles ovejas hacia la salida.

Antes de diez minutos quedó solo. Totalmente solo mirando las gradas vacías del gran hemiciclo donde ahora reinaba un silencio imponente,

opresivo, que a Dary Cowby se le antojó anuncio de nuevas sorpresas en aquel extraño planeta.

Volvió a mirar al techo, al cuarzo transparente en espera de que volviese a hablar aquella voz.

Pero el silencio reinaba, pesando sobre sus hombros como una losa.

Sin quererlo, se sentía también amedrentado y algo ridículo. Era absurdo todo lo que estaba pasando en «Centauri».

¿A qué obedecía todo aquello?

Y entonces la extraña voz volvió a sonar.

CAPÍTULO V

Pero lo hizo esta vez en forma suave.

— Por favor, señor Cowby: avance hacia el fondo y sitúese sobre una losa de color blanco que encontrará. Permanezca sobre ella sin moverse.

El aludido seguía mirando al techo y contestó a la voz:

— Supongo que tendré que obedecer, ¿verdad?

Esta vez la voz tenía un deje burlón al contestar:

— Por supuesto, señor Cowby. ¿No ha visto mi demostración de poder?

— Sí... ¡Ya!... Usted debe de ser el Número Uno...

— Prefiero que me llame Cosmocrátor.

Dary Cowby movió la cabeza también divertido, antes de contestar:

— ¡Amigo! Si mal no recuerdo, la Cosmocracia es el sistema que aspira a la monarquía universal. De lo cual deduzco que usted se siente...

— ¡El Rey Supremo! —le interrumpió la voz impersonal.

Dary Cowby seguía con su tono zumbón al decir:

— Bueno... ¡Allá usted con esa gran responsabilidad!

— Sitúese donde le he dicho, señor Cowby. ¡No soy hombre de mucha paciencia!

En vez de obedecer al instante, Dary Cowby se cruzó de brazos y exclamó agudamente:

— ¡Ah! Luego entonces usted es simplemente un hombre, ¿verdad? Admítalo.

Sonó un chasquido, varios soportes del techo que sujetaban las losas de cuarzo transparente parecieron adquirir mayor luminosidad y en el suelo, partidos por rayos de luz que vinieron de allí, quedaron destrozados varios bancos de mármol negro que poco antes habían estado ocupados por hombres y mujeres rubias.

«Rayos Láser», pensó Dary Cowby al instante.

La advertencia era harto elocuente y empezó a andar hacia el fondo, en busca de la losa blanca que le habían ordenado.

— Eso está mejor, señor Cowby —festejó la voz.

Con resignación no exenta de burla, el joven admitió:

— ¡Qué remedio, señor Cosmocrátor!

Pero, mientras caminaba hacia el fondo de la amplia sala, comentó:

— Es un sistema muy ingenioso: rayos «Láser» situados en la bóveda desde donde puede pulverizar al que se le antoje, al tiempo que su voz viene de unos micrófonos también instalados ahí. ¿No es así?

No obtuvo confirmación y prosiguió, sin dejar de avanzar:

— Todo esto, combinado con un circuito de televisión que le permite ver toda la sala. ¡Repito que muy ingenioso!

— No me adule, señor Cowby. Son aplicaciones elementales de técnica.

— Tiene razón: en la Tierra ya casi no las utilizamos.

— Siga avanzando y le mostraré cosas que aún no han conseguido en su diminuto planeta.

— ¿Usted no procede de la Tierra, señor Cosmocrátor?

Había un gran acento de burla en la última pregunta de Dary Cowby y la voz ordenó, esta vez imperiosa:

— ¡Busque esa losa blanca!

La encontró en el fondo, distinguiéndose de las otras que eran de mármol negro perfectamente pulimentado. Brillaba con su nítida blancura y antes de posar los pies en ella no pudo por menos que preguntar, con algún recelo:

— ¿Es aquí? ¿Qué pasará cuando esté sobre ella?

— Compruébelo, señor Cowby.

No tenía elección y lo hizo. Desde que había aterrizado en «Centauri» a Dary Cowby no le quedaba más remedio que obedecer. Su voluntad no contaba: le habían marcado con un número, como si fuera una res: le habían arrebatado sus ropas y obligado a vestir aquel uniforme gris de mangas cortas: le habían sacado de aquel recinto amurallado donde conoció a la primera y encantadora mujer rubia llamada Eva, marcada con el número 2.301: ante sus ojos habían asesinado a uno de aquellos hombres, simplemente para indicarle que no debía intentar la fuga ni nada que no le fuera previamente ordenado: le habían llevado a aquel hemiciclo y ahora a aquel condenado maniático que se hacía llamar el Cosmocrátor.

Repentinamente dejó de pensar: la blanca losa de mármol cedió bajo sus pies y a Dary Cowby se le tragaron las tinieblas.

* * *

Una corriente de aire tibio fue frenando su caída y al fin, tras salir de

aquella especie de tobogán, se encontró ante dos hombres que le esperaban.

Estaban en una gran sala, también de mármol blanco pulimentado. Altas columnas corintias del mismo material parecían servir de soporte a la adornada bóveda en cuyo techo, partido por los capiteles y los arcos también de mármol, se apreciaban frescos y pinturas que a Dary Cowby le recordaron algo de los de la Capilla Sixtina de Roma una vez que visitó el Vaticano.

Lujo, ostentación, riqueza y refinamiento por todas partes...

Los dos hombres que le esperaban en nada se parecían a los que hasta entonces había visto en «Centauri». También eran robustos y jóvenes, pero sus cabellos parecían castaños y no tenían entre sí ningún parecido. Dary Cowby hubiera dicho que podía encontrar a tipos como aquellos dos en cualquier ciudad de la Tierra.

Y esto le tranquilizó algo.

Lo único que les identificaba eran sus blusas negras, que destacaban sobre el mármol blanco que lo dominaba todo.

Uno de ellos se acercó ceremonioso y amable.

— Por aquí, señor Cowby: tendrá el honor de ser recibido por el Número Uno.

— Me halaga usted, amigo. ¿A qué se debe esto?

—¡Usted es bioquímico, señor Cowby!

— ¿Es eso una explicación?

El otro hombre se había acercado a su vez y contestó:

— Al Número Uno le encanta la bioquímica, señor Cowby.

Mientras les seguía hacia el fondo, Dary Cowby comentó:

— ¡Es Único, señor!

Unas altas cortinas de terciopelo bordadas en oro se abrieron por sí solas y les franquearon el paso a otra gran sala, en donde los dos hombres le dejaron para extrañeza de Dary Cowby, que preguntó al verles retroceder:

— ¿Me dejan solo?

— Es audiencia privada, señor Cowby — contestó uno de ellos.

— ¡Pero aquí no hay nadie!

La misma voz que antes sonó en el hemiciclo contestó esta vez:

— Se equivoca, mi joven amigo. ¡Estoy aquí!

Dary Cowby examinó la gran sala atentamente. No encontró más que columnas de mármol blanco, paredes pintadas con grandes lienzos, muebles

costosos de estilo indefinido, blandas alfombras y algunos tapices colgando aquí y allá.

Por eso dijo, apremiante:

— ¿Dónde?

La misteriosa voz pareció rodearle al decir:

— ¡En todas partes! ¡Yo estoy siempre en todas partes!

Volvió a reinar el más absoluto silencio, roto al minuto por Dary al manifestar algo irritado:

— ¡Me gusta ver la cara de mis comunicantes!

— Confórmese por ahora con este alto honor, mi joven amigo.

— De acuerdo; pero dígame una cosa. ¿Ha nacido usted en la Tierra?

Una leve carcajada de hombre viejo fue la contestación. Pero luego, con su tono habitual ya para Dary Cowby, admitió:

— Sí... Aunque siempre tuve la impresión de haberme equivocado de planeta. En la Tierra están ustedes demasiado estrechos. ¡No había bastante sitio para mí!

— ¿Por eso solicitó ser trasladado aquí?

— Por eso y porque allí sentía que me había equivocado de siglo: mis verdaderos contemporáneos murieron hace miles de años, o tienen todavía que nacer.

— ¿Reniega usted de su generación?

— Digamos que siempre me sentí extranjero en todas partes. Extranjero y mortificado. Si bien lo mira, la Tierra es un puñado de estiércol resecado por su diminuto sol, con varios millones de trocitos de barro parlante que se llaman a sí mismo hombres.

Y añadió tras una breve pausa lo que parecía un lamento:

— ¡Ya no hay allí ocupaciones dignas para uno que sienta dentro de sí los apetitos y las fantasías de un titán!

— ¿Usted se siente un titán?

La voz sonó ahora ofendida:

— ¡Soy y me siento un titán! ¡He fabricado todo un mundo para mí! ¡Dominaré el Universo! ¡Seré su Supremo Cosmocrátor!

Dary Cowby sonrió levemente al decir:

— Usted perdone, pero hay apreciaciones con las que no estoy de acuerdo. Todo lo que se ha realizado aquí, en «Centauri», lo han conseguido

los hombres de la Tierra y su técnica. Un hombre con las aspiraciones suyas no debe olvidar quién descubrió este planeta, quién empezó a colonizarlo, quién transportó los medios y los instrumentos, quién ha hecho posible que ahora esté tras alguno de esos ricos tapices, o quizá muy lejos hablándome por micrófonos instalados aquí, en este suntuoso palacio de mármol blanco.

— ¡Bah! ¡Simples bagatelas! ¡Yo he creado más!

Circulando en redondo para señalar a la serie de tapices, con gesto despreciativo intencionadamente, Dary Cowby contestó:

— ¿Usted?... Permítame que lo dude. O en todo caso... ¡Muéstremelo!

— ¡Lo has visto ya, joven irreverente! ¡Ellos son mi obra! ¡Mi máxima creación!

— ¿Ellos? —quiso aclarar Dary.

— ¡Sí! ¡Ellos y ellas! ¡Todos esos hombres y mujeres que has visto! ¡Mis hijos! ¡Mis siervos! ¡Los seres con los cuales dominaré el Universo!

Esta vez Dary Cowby guardó silencio lleno de perplejidad. Su mente trabajaba activamente y empezaba a intuir «algo» que explicaría muchas cosas de las que había visto en «Centauri».

Todos aquellos hombres y mujeres rubios exactamente iguales. Todas aquellas perfectas criaturas humanas en el orden físico, exterior. Con sus armoniosos cuerpos, sus atractivas facciones, aquella salud de hierro que parecía rebosarles por cada uno de los poros de su piel...

Siguió dudando antes de preguntar:

— ¿Usted..., usted les ha creado?

— ¡Sí, yo! ¡Yo he creado la Vida!

Dary Cowby recordó que era bioquímico: se había especializado en estos estudios tras unos intensos cursos de biología aplicada y de genética. Esta rama de la biología trataba de los problemas de la reproducción, de la herencia y de la posible creación de seres vivos. Pero...

— ¡No! —negó rotundamente—. ¡Usted no puede haber creado a esos hombres y mujeres!

Pero la misteriosa voz rebatió:

— Los has visto con tus propios ojos, joven incrédulo. ¿Qué más necesitas?

Dary Cowby estaba nervioso. Paseaba por la amplia estancia y sus botas nuevas repercutían sobre las blancas losas de mármol pulimentado. Se negaba a dar crédito a lo que la voz 1e decía y sin embargo...

Tenía que rendirse ante la evidencia, pero su naturaleza rebelde se resistía. Su mente trabajaba febrilmente: empezaba a intuir todo lo que aquello podía significar.

Ejércitos de hombres y mujeres creados por un solo hombre ansioso de ambición y poder. Un hombre que se hacía llamar Cosmocrátor, el Número Uno entre todos sus dóciles siervos. Y todo esto en un planeta gigante y lejano de la Tierra a muchos años-luz de distancia, donde no se les podía controlar, donde habían cortado toda comunicación con el resto del Sistema, donde se habían sublevado contra el Gobierno Central Extragaláxico.

Era preciso encararse con la realidad. Hacer frente a la creciente amenaza. Ganar tiempo. Encontrar la forma de evitar apocalípticas derivaciones a todo aquello creado, a buen seguro, con un solo fin.

¡Destruir!

Procuró serenarse y dijo:

— Demuéstreme cómo lo ha conseguido. Dígame cómo lo ha logrado y me rendiré ante su sabiduría y su ciencia. Le reconoceré también como el Número Uno, como el Cosmocrátor de ese Universo que piensa crear. ¡Firmaré los Estatutos de la Junta Rectora de «Centauri»!

— ¡Así me gusta, Dary Cowby! ¡Serás de los nuestros! Necesito buenos bioquímicos como tú. Es preciso multiplicar la especie humana en «Centauri» para realizar todos mis planes.

Hizo una estudiada pausa antes de añadir:

— Por otra parte, sabes que no puedes elegir. ¡O al Mar de las Tormentas!

Dary Cowby recordó lo que le dijo la muchacha rubia que encontró en el jardín, llamada Eva 2.301.

— ¿Allí envió a los otros agentes-delegados del Gobierno Central Extragaláxico que llegaron antes que yo?

— Allí gimen todos los rebeldes. ¡Allí se pudrirán!

— Comprendo... Toda la colonia terrestre destacada aquí. ¿No es así?

— Todos no. Muchos han preferido colaborar conmigo. Tienen buenos puestos. Son obedecidos ciegamente. Disfrutan de todo. ¡Su vida aquí es mucho más rica y digna que en la Tierra!

Otra vez la leve carcajada del hombre viejo antes de añadir:

— ¡Pobres diablos! Son como pequeños diosecillos. ¡Pero me son muy útiles!

Dary Cowby admitió, sumiso iniciando una reverencia:

— ¡Te conviene, Dary Cowby! Pero ahora tu cuerpo débil tiene que descansar y ser alimentado. Es una muestra más de la poquedad de los hombres de la Tierra, siempre ligados al alimento, al reposo, a pequeñas futesas que hacen de él un esclavo.

Y tras una pausa exclamó con manifiesto asco:

— ¡Puaf! ¡Me repugnan las piaras humanas siempre ávidas de llenar el estómago!

Luego el silencio. Un silencio absoluto que se fue prolongando minuto a minuto haciéndose interminable y angustioso para Dary Cowby.

CAPÍTULO VI

El encargado del Laboratorio Central era un hombre bajito y esmirriado, con ojillos vivaces y más de setenta años sobre sus cansadas espaldas.

Dijo llamarse Branch Wells, pero al instante le mostró sobre su vieja piel apergaminada su número a Dary Cowby:

— Ya ve, señor Cowby: ahora soy el número 32.

El joven le observó atentamente antes de mostrar el suyo y decir:

— En ese caso llámeme 10.516. Es el que me han asignado.

El anciano científico hizo un gesto molesto, indicando:

— Mejor será llamarnos por nuestros respectivos nombres. ¡Nunca me he acostumbrado hacerlo de la otra manera!

— ¿Está permitido, profesor? —quiso saber Dary.

— Bueno, entre nosotros... Entre los que hemos nacido en la Tierra...

Dudó un instante antes de afirmar, con cierta rebeldía:

— ¡Vaya! Aquí mando yo — y tras una breve transición añadió —: ¿Ha comido y descansado bien, señor Cowby?

— Perfectamente, profesor Wells. Todo un ejército de esas venus rubias me han atendido como si fuera un pachá. ¡Lástima que todas sean iguales!

— ¿No le gustan, joven?

— ¡Oh, me encantan, profesor! Jamás he visto mujeres tan perfectas. ¡Me gustaría saber cómo lo han conseguido!

— Me han ordenado que se lo explique, señor Cowby. ¡Para eso le han enviado a mi laboratorio!

— Pues empiece cuando guste, profesor.

El anciano carraspeó brevemente antes de empezar:

— Bien: el hecho de que usted esté licenciado en bioquímica y haya cursado estudios de biología y genética, me ahorrará un sinfín de explicaciones que resultarían farragosas. Los profanos en estas materias no comprenden los procesos de la vida y, por supuesto, mucho menos el hecho de que hoy en día sea posible crearla artificialmente.

— ¡Ustedes lo han conseguido, profesor!

— Gracias al Número Uno. ¡Sus conocimientos en estas ramas de la Ciencia son inmensos!

— Siga, profesor Wells.

— Verá usted: el conocimiento de la naturaleza vegetal o animal de los virus, no está exento de dificultades, dada su extremada pequeñez que usted ya conoce. Con todo, las diferencias que distinguen a las plantas de los animales — insensibilidad y carencia de independencia en sus movimientos —, hoy, en día no se excluyen tan rigurosamente.

— Es cierto, profesor: en la Tierra ya se habla de un cierto sistema nervioso en las plantas.

— ¡Exacto, joven! Recuerde el ejemplo de las plantas carnívoras, cuyos nervios actúan y las ponen en movimiento cuando su presa se posa en ellas.

Hizo una pausa para añadir seguidamente, como abstraído en sus pensamientos científicos:

— Por otra parte, ya sabemos cómo las esponjas y otros animales marinos se fijan en el fondo del mar. Las medusas, no se mueven locamente, sino que se dejan arrastrar por las aguas, según las conviene para sus alimentos.

— Hechos todos demostrados, profesor.

— Pero volvamos a los virus, los más pequeños organismos vivos. Usted sabe que los virus tienen aquella que permite clasificarlos como animales: autonomía en sus movimientos y reacción frente a la luz, el calor, las sustancias químicas a las que les someten en nuestros ensayos, etc, etc.

Nueva pausa para remachar categóricamente:

— Es decir: que los virus tienen un alto grado de sensibilidad. Que son diminutos seres, animales microscópicos... ¡Pero animales independientes al fin!

— Totalmente de acuerdo, profesor.

— Bien: el virus es lo que llamamos una núcleo-proteína. Algo así como un huevo en miniatura. La «yema» sería el ácido nucleico y la «clara», la proteina. Todos los seres vivos hasta ahora conocidos están formados por esos mini-seres llamados células, que fundamentalmente tienen esa estructura del huevo.

— Siga, por favor...

— Como bioquímico usted sabrá que la estructura de las células ha sido analizada hasta la saciedad. Por lo tanto, fabricar un virus artificialmente resulta ya cosa fácil y a su vez, fabricar un virus es fabricar una célula viva, tan célula y tan viva como la que en el seno de la hembra humana puede dar lugar a un hombre o una mujer.

Llegados aquí el anciano profesor Branch Wells miró fijamente a su joven interlocutor, para comprobar si seguía sus sabias explicaciones.

Debió de considerarlo así, cuando añadió:

— Propiamente hablando, un ser humano es ya el huevecillo —«óvulo» si quiere llamarlo así— recién fecundado. Y lo desconcertante, pero cierto, es que un virus es más semejante al huevecillo humano, que a un hombre adulto.

— Un momento, profesor. ¿Y ustedes han conseguido construir, artificialmente, ese huevecillo humano, ese «óvulo», como si estuviera fecundado?

— ¡Así es! Porque, obtenido un virus artificialmente, pregúntese a sí mismo: ¿hay dificultades que impidan la síntesis artificial de un huevo humano?

— Bueno... Parece que no.

— ¿Tiene algún sentido negar la composición bioquímica del óvulo humano? Fíjese bien y no creo que sea posible negar estas preguntas. En todo caso, sólo dificultades técnicas, de medios, no de esencia, pueden objetarse.

— ¿Y ésas las han vencido ustedes aquí, en «Centauri»?

— Espere y escuche, joven...

— Pero ¿qué podríamos esperar de ese óvulo humano artificial, debidamente fecundado con las sustancias químicas requeridas, también de modo artificial?

El anciano profesor Branch Wells abrió sus delgados brazos sarmentosos con entusiasmo, al decir:

— ¡No podríamos esperar otra cosa que un hombre!

— Un hombre... O una mujer, ¿no?

— Verá usted, querido Dary: dentro de la «yema» del huevo humano, está lo que podríamos decir el archivo de la vida. En unos depósitos llamados «genes», se almacena el famoso ácido nucleico. Este personajillo tiene cuatro cualidades o «letras» que puede combinar con las de otros ácidos nucleicos, dando lugar así, como en una imprenta maravillosa, al libro de la vida.

— Más o menos he estudiado eso, profesor, pero...

— Calle y escuche: si somos rubios, altos o bajos, listos o tontos, desmemoriados o inteligentes, depende de esos rasgos ocultos dentro de la yema del óvulo femenino.

— ¿Quiere decir que ustedes «fabrican» hombres o mujeres a voluntad?

— Cualquier biólogo medianamente inteligente y preparado lo haría.

Dary Cowby tuvo una idea y le atajó con rápido movimiento de su mano:

— ¡Un momento, profesor! ¿Quiere eso decir que ustedes han

«fabricado» artificialmente a sus hombres rubios y a sus mujeres con ciertas cualidades que les han convenido?

— Así es, Dary. Por orden expresa del Número Uno.

— O sea... ¡la obediencia ciega!

— Llámelo lealtad absoluta a Su Creador.

— ¡Hum! Eso me suena a algo sacrilegio, profesor Wells.

— Al principio también a mí, pero ahora ya estoy acostumbrado.

Andaba cabizbajo por el amplio y pulcro Laboratorio con las delgadas manos cruzadas a la espalda y continuó, sumido en sus teorías científicas:

— Una célula, ese pequeño huevo, es un ser inteligente aunque menudo. Él combina las «letras» o cualidades hereditarias, como un cerebro electrónico. Casi nunca se equivoca.

Se volvió hacia el joven que le escuchaba, al decir, agitando su dedo índice:

— Cuando lo hace, cuando se equivoca, el ser que nacerá será anormal.

— Y como ustedes conocen este proceso les es posible reducir al mínimo los casos de anormalidad, tanto física como mental. ¿No es así?

— No lo hemos conseguido del todo, pero lo estamos intentando.

Dary Cowby creyó llegado el momento de hacer una pregunta directa:

— ¿Y qué me dice de todos esos hombres y mujeres que han creado artificialmente? ¿Son perfectamente normales?

— ¡La pregunta es ambiciosa! Pero ya habrá visto que por lo que respecta a la forma física, exterior, sí.

— Ya me he dado cuenta de que realmente son perfectos. ¡Sobre todo esa legión de rubitas, todas iguales!

— Tenga en cuenta que son los primeros ensayos positivos. ¡Por eso han salido todos iguales!

— Puestos a hacer, podían haber creado más variedad, digo yo. Alguna morena, alguna pelirroja, o alguna...

— ¿Sabe las dificultades que hemos vencido para conseguir las sustancias artificiales para crear virus vivos, partiendo de la bioquímica?

— Me figuro que muchas, profesor.

— ¡Muchísimas, mi joven muchacho! Hemos tardado años.

La conversación era muy sería y el tema requería la máxima atención: pero dado su carácter alegre, Dary Cowby admitió risueño:

— Para ser la primera «hornada» no les ha salido del todo mal, profesor.

Y quedó sorprendido cuando el anciano le contestó:

— No es la primera «hornada», como usted dice, Dary. En otros lugares de «Centauri» hemos instalado a otros hombres y mujeres. Se les destina según sus funciones específicas para las que son hechas. El Número Uno no está loco. Tiene sus altos conceptos.

— ¡Sí! ¡Y sus fines! ¡A mí me ha dicho que dominará el Universo!

— Yo no lo veré. Ya soy muy viejo. Sólo me ocupo de la tarea que me han asignado.

Dary Cowby creyó prudente refrenar sus impulsos. No sabía hasta qué punto aquel anciano estaba identificado con los planes del hombre que le había hablado sin dejarle ver su rostro. Allí él era un extraño, un viajero de la lejana Tierra recibido de mala gana. Si no le habían eliminado posiblemente se debía a que era bioquímico y necesitaban sus servicios para aumentar la «producción» a ritmo más acelerado, venciendo las dificultades que a cada paso debían encontrar.

Quizás el Número Uno no dispusiera de los suficientes bioquímicos, biólogos y genéticos que precisaba para realizar sus planes. Dary Cowby era un hombre joven y traía desde la Tierra las últimas noticias. También podían utilizarle para informarse, saber las decisiones del Gobierno Central Extragaláxico, en vista de que no se lograban establecer los contactos con «Centauri».

Estos pensamientos le dieron una idea, pero se guardó muy bien de manifestarla. Ante todo debía obrar con suma astucia y precaución. Era un hombre solo contra todo un gigantesco planeta.

Para que su cambio de opiniones no resultase demasiado brusco, aún opuso a las explicaciones científicas del anciano profesor Branch Wells:

— La posibilidad que ofrece la bioquímica de crear seres humanos artificialmente, en la Tierra lo considerarían una monstruosidad, profesor.

— Lo sabemos y por eso hemos roto toda clase de relación con ellos.

— ¡Lo que ustedes «fabrican» no son criaturas humanas! ¡No son como yo! ¡Ni como usted!

El anciano profesor se volvió hacia él, mirándole fijamente:

— ¿Ha notado algo anormal en ellos, en sus reacciones químicas?

— ¡Sí! ¡Lo he notado! ¡Es como si carecieran de alma! ¡Nunca se podrá elaborar lo superior a partir de lo inferior!

— Le diré, Dary... Yo también he notado que no suelen portarse

«humanamente». Y esto es como un fracaso para nosotros.

— Lo dice usted con gran sentimiento, con desilusión.

— Cuando uno ha dedicado gran parte de su vida a ciertos experimentos y los resultados no son los apetecidos, siempre existe la desilusión. Verdad es que andan y hablan, que se comportan en todo como criaturas humanas, como hombres y mujeres normales. Pero hay «algo» que no funciona en ellos. Es como si...

— ¡Dígalo ya, profesor Wells! — animó Dary Cowby.

— Bueno: es como si carecieran de ciertos sentimientos, de ciertas facultades superiores, de eso que hemos llegado a llamar espíritu...

— Yo les he visto matar impasiblemente — recordó el joven.

— Eso no me extraña. La piedad no ha sido puesta en ellos.

— Pues bien puede decir, querido profesor, que les falta la facultad más esencialmente humana.

— El Número Uno lo ordenó así —se excusó el anciano.

— Por supuesto. Necesita seres sin piedad para realizar sus diabólicos planes.

Y luego, mientras recorría el gran Laboratorio Central, viendo toda aquella costosa serie de instalaciones, Dary Cowby no pudo por menos que decir:

— ¡Dios nos ayude!

A lo que contestó el anciano profesor Branch Wells muy quedamente, como para sí mismo:

— Y que a mí me perdone.

CAPÍTULO VII

Para Dary Cowby, encontrar a Ada Lynn fue como hallar un trébol de cuatro hojas, pero mucho más emocionante.

En la reducida comunidad donde le habían instalado, junto a los edificios del gran Laboratorio Central, en donde todas las mujeres allí destinadas eran altas, rubias, con el mismo rostro, el mismo cuerpo, la misma forma de andar, las mismas reacciones y los mismos blancos uniformes, la morena Ada Lynn resaltaba como una gota de tinta china vertida en una blanca cuartilla de papel.

En primer lugar, Ada Lynn era algo más baja y sus largos cabellos negros como ala de cuervo, enmarcaban un gracioso rostro en donde dos grandes ojos también negros, interrumpían aquella pesada monotonía de tantas pupilas femeninas de mirada azul. En segundo lugar, su uniforme también era distinto y lucía la breve blusa negra de cortas mangas, signo distintivo de todos los habitantes de «Centauri» que habían nacido en la Tierra, pero que se habían acogido a los Estatutos promulgados por la Junta Rectora del planeta.

Dary Cowby la descubrió una mañana que él salía del «bungalow» que le habían asignado, cuando ella pasaba frente al jardín en dirección de los almacenes donde grandes cantidades de ácido nucleico y proteínas, estaban siendo cargadas en unos vehículos por los hercúleos hombres rubios que Dary siempre encontraba por todas partes con sus uniformes grises.

La muchacha vestía minifalda negra, que dejaba al descubierto sus bien torneados muslos de piel morena y sedosa, rematando su atuendo con unos graciosos calcetines también negros en zapatos del mismo color sin tacón alto.

Parecía que caminaba abstraída y ni tan siquiera le miró; pero cuando Dary silbó admirativamente recordando una vieja costumbre de la Tierra, giró la cabeza hacia el jardín y por encima de las flores le fulminó con su negra mirada mientras decía:

— Déjese de tonterías, 10.516. ¡Llegará tarde a su trabajo!

Dary Cowby saltó los parterres y la alcanzó.

— Soy Dary Cowby, señorita. Y me gustaría que me llamase así y no por este condenado número que me han marcado en el brazo.

No obtuvo respuesta y tuvo que avivar el paso para mantenerse a la altura de la muchacha, ya que ella había acelerado la marcha.

En vista de lo cual nuevamente probó fortuna:

— ¿Me deja ver su lindo brazo, princesa? Todavía no sé el que le corresponde a usted.

La mujer quedó parada, fulminándole nuevamente con sus negras pupilas llenas de vida... ¡Y de cólera!

— Pero bueno... ¿es que no tiene usted otra cosa mejor que hacer? ¿No le han asignado una tarea?

— Así es, señorita. Me han asignado una tarea y la estoy cumpliendo a las mil maravillas, según la opinión del profesor Branch Wells y de...

— Querrá usted decir según la opinión del número 32.

— Bueno: admito que el profesor Wells tiene ese número, pero entre nosotros él me dijo que...

— Las reglas de los Estatutos indican que nadie debe llamarse por su nombre. ¡Nada debemos recordar de «allí»!

— ¿Se refiere a la lejana y romántica Tierra?

— Sabe perfectamente a qué me refiero, 10.516.

— Terminará por hacerme llorar si continúa llamándome así —protestó Dary.

— Y usted terminará por enfadarme, si no me deja tranquila.

Y, al ver que el hombre no se retiraba, señaló a los hombres rubios que vigilaban la carga de los vehículos y terminó:

— ¿O prefiere que llame a los vigilantes de la Junta Rectora?

Dary Cowby estuvo a punto de desistir, pero su rebeldía innata le hizo cruzarse de brazos y ponerse ante la enfadada muchacha, retándola:

— ¡Hágalo, si quiere que me fulminen con sus condenadas pistolas de rayos «Láser»!

Ella sostenía su mirada y ganando terreno él siguió:

— Sí, señorita.... Llámelos, si considera que es un delito dirigir la palabra a una mujer que, por su uniforme negro, se adivina procede de la Tierra. ¿O es que es tan fría, tan inhumana y tan impasible como todos esos engendros que han creado aquí?

— ¡No son engendros!

— Llámelos como quiera, preciosa. Sólo sé que no son como nosotros, que parecen autómatas y que ya empiezo a estar hasta la coronilla de todos ellos.

— Son hombres y mujeres hermosas. ¡Dignos representantes de la raza de «Centauri»!

— Sí, ya sé: sin debilidades, sin apetencias, sin vacilaciones. Siempre obedientes, sumisos y trabajadores infatigables. ¡Como hormigas! ¡Pero sin

sentimientos!

— Tienen los sentimientos que necesitan. ¡Nada más!

— Por supuesto, guapita, por supuesto... ¡Nada más los sentimientos que necesitan!

Y sin transición, sorprendiendo a la mujer de ojos negros que le taladraban, Dary Cowby hizo una inesperada pregunta:

— ¿Le soltó alguna vez uno de esos atletas rubios un piropo?

— No tienen por qué hacerlo.

— ¿Alguno de ellos ha intentado besarla?

— No tienen necesidad.

— ¿Alguno le dijo lo bonita que es?

— No se fijan en esas cosas.

— Pues yo si tengo ganas de decirle un piropo, tengo necesidad de besarla y sí me he fijado lo bonita que es. ¡Ahí tiene usted la gran diferencia entre ellos y yo! Y si todo esto la molesta, si la ofende y la irrita, llame a los Vigilantes de la condenada Junta Rectora y ellos me arrojarán como una basura al Mar de las Tormentas, donde tantos creo que se están pudriendo por tener un poco de dignidad y de honor...

— ¿Dignidad y honor?

— ¡Sí! El suficiente para no claudicar como usted y como yo firmando esos absurdos Estatutos que nos permiten vivir libres aquí, colaborando con una endemoniada tarea que no sabemos en qué parara.

— ¡Usted no parece haberlos firmado muy convencido!

— Digamos que a la fuerza ahorcan.

— Eso es cobardía.

— ¿Acaso no los firmó usted?

— Yo lo hice por convencimiento.

— ¿Convencimiento de qué?

— De un mundo mejor. De una vida sin mezquindades y sin desengaños. Sin los falsos conceptos, que durante milenios han ido podando las mejores esperanzas de generación tras generación. ¿Y todo para, qué? ¿Qué ha conseguido la raza humana en tantos miles de siglos sobre la faz de la Tierra? ¡Pequeñeces! — terminó por decir con desprecio.

Absorto en la contemplación de aquella hermosa mujer, Dary Cowby casi no escuchaba sus palabras y bebía solamente aquella voz de cálidos matices,

ahora exaltada.

— Me sorprende y me ofende, por cuanto pertenezco a esa especie, el humilde contentamiento de los seres humanos que usted tanto parece aprecia. Hablan a cada instante de grandezas y luego se descubre que les parece inmensa cualquier pequeñez. Falta, absolutamente en todos, el sentido de lo gigantesco, de lo realmente importante y grande. ¡Discurren como sansones y operan como enanos!

— ¿Acaso aquí será mejor?

— Lo será porque hemos creado otra raza y porque «Centauri» es un millón doscientas mil veces mayor que la Tierra. No tiene una pálida Luna, sino veinte, y su sol, gigante y 850.000 veces mayor que el nuestro, nutre esta tierra fértil siempre en constante floración.

— ¿Quién le ha imbuido a usted la fantasía por lo grandioso?

— El Número Uno así lo predica.

— Sí. ¡Ya sé! Él se siente un titán.

— ¡Lo es!

— ¿En nobles sentimientos también?

— Sentimientos, nobleza, romanticismo... ¡Ésos han sido los ronzales que han impedido el auténtico desarrollo de la raza humana! ¡Las bridas que le han mantenido pegado a la tierra como ciegos topos, sin ver nunca el más allá, los lejanos horizontes!

— ¿No vivía contenta en la Tierra y por eso se trasladó aquí?

— ¡La Tierra! Un enano planeta decadente condenado a sucumbir. ¿Qué ha conseguido hasta ahora la raza humana sobre la Tierra? Ha sabido utilizar el viento y el agua de los ríos, pero no ha logrado adueñarse de la fuerza de los mares ni utilizar el fuego de sus volcanes. ¿Sabe que estamos empezando a utilizar aquí la energía motriz de los terremotos?

— ¡No me diga! —exclamó Dary entre divertido y asombrado de verdad.

— Es verdad: no nos extasiamos como tontos ante estatuas como aquella que hace unos siglos construyeron en Moscú de doscientos metros de altura y que a ustedes les parece un coloso. Sus rascacielos de quinientos o seiscientos pisos, allá en la Tierra les parecen un desafío al cielo, y el puente que une América con Europa, un portento único.

— ¿Acaso no lo es, señorita?

— ¿Lo ve? ¿Qué diría si pudiera ver el que hemos construido para unir dos continentes diez veces mayores que Asia y África juntos, con el Mar de las Tormentas? Tiene cien mil millas de largo y una altura mayor al más alto

rascacielos de los últimos que construyeron en Brasilia.

— ¿Estuvo usted en Brasilia?

— ¡Soy de allí!

Con calma, esta vez dijo Dary Cowby, envolviéndola con su cálida mirada:

— Se nota. Es usted muy vehemente. ¡Está llena de fuego!

Pero la mujer le confundió atajándole, nuevamente severa:

— No se confunda, 10.516. Mi fuego está en la mente. ¡En la cabeza!

— El fuego suele propagarse, señorita. ¡Ya electrizará su cuerpo alguna vez!

— ¡Mezquindades!

— ¿Llama al amor mezquindad? ¿Qué es entonces lo más importante para usted?

— ¡El progreso!

— Bonita palabra con la cual se encubren muchos egoísmos y ambiciones. ¿Conoce los planes del Número Uno?

— Ya se lo he dicho. ¡Hacer un mundo mejor!

— Diga usted más bien un Universo. ¡He notado que le gusta ese nombre! A sí mismo se llamó nada menos que Cosmocrátor del Universo.

— Si tuvo el honor de ser recibido por el Número Uno, no debe burlarse.

— ¿Quizás a usted no la ha recibido?

— ¡Muchas veces! —contestó la muchacha con orgullo.

— Por supuesto... ¡Debí figurármelo!

La mujer captó su mirada llena de picara malicia divertida y una vez más atajó:

— No en la forma que usted se figura.

— Yo no me figuro nada, señorita... señorita...

— Número 10 —contestó mostrándole su brazo y la cifra grabada allí.

— También debí figurarme que usted tendría un número bajo.

Esta vez la muchacha de cabellos negros se intrigó:

— ¿Por qué?

— Muy sencillo... ¡Es usted una perfecta sacerdotisa de ese falso dios con ideas de titán!

— ¿Y no teme que le transmita el descontento que han traslucido sus palabras y lo censurable que parece ser en contra de todas nuestras ideas?

Dary Cowby pareció dudar y acentuó esta creencia, poniendo su mano en la barbilla y mirando al suelo. Al fin dijo, volviendo a mirarla a los ojos negros fijamente:

— Pues no, la verdad, señorita... No temo que comente nada de todo lo que hemos hablado.

— ¿Por qué está tan seguro?

— No he dicho que esté seguro. Simplemente es que creo aún en su naturaleza humana. ¡Ya ve si soy confiado!

— ¡Y soñador! — remachó la mujer, no sin cierta admiración.

— Sí, mi bonita señorita número 10. ¡Admito que soy un soñador! Y créame que estoy muy satisfecho de serlo.

— ¡Debilidades!

— ¡O grandezas del alma humana!

Sin preocuparse si ella le seguía, Dary Cowby empezó a caminar y aún dijo antes de alejarse:

— En todo caso, si me equivoco me consolaré con la idea de ver ese magnífico puente construido para unir a dos continentes sobre el Mar de las Tormentas. ¡Un informe desfavorable de usted me llevaría allí!

— ¡No lo dude!

El hombre se volvió, se inclinó ceremoniosamente con la sonrisa en los labios, al tiempo que agitaba la mano en despedida, y puso punto final a la inesperada conversación de aquel encuentro, diciendo:

— Pues hasta la vista o hasta nunca, señorita número 10. ¡Usted tiene la palabra!

Y se alejó sin volver una sola vez la cabeza hacia los edificios donde estaba el gran Laboratorio Central, lugar donde le habían asignado su puesto de trabajo.

CAPÍTULO VIII

Unido al grupo de colaboradores del anciano profesor Branch Wells, en días sucesivos, Dary Cowby fue conociendo al doctor Egan Hunter, el biólogo Zeitcher, al fisiólogo Karl y al fanático genético Dean Palmer, único que se oponía en su presencia a que se llamara por sus respectivos nombres, mostrándose orgulloso con el número grabado en su brazo escuálido y pecoso de piel lechosa, correspondiente al 116.

— Todos hemos firmado los Estatutos y hay que cumplirlos —gritaba furioso si alguna vez, por la falta de costumbre, Dary Cowby llamaba a alguno de ellos por sus nombres o apellidos.

Conciliador, el viejo profesor Branch Wells intervenía:

— No hay que ponerse así, Dean: el chico es nuevo y...

— ¡Ni a usted mismo le permito que me llame Dean! ¡Sabe perfectamente cuál es mi número!

— Como quiera, 116 — tenía que admitir —. Aunque no creo que por desobedecer a mí me llevarán al Mar de las Tormentas.

— ¿Ah, no? Pues sabe que la disciplina es muy rígida y abarca a todos.

— Soy demasiado viejo y aquí me necesitan.

— ¡Nadie es imprescindible en «Centauri», profesor! ¡Con crear otro sabio como usted basta!

Aquello interesó a Dary Cowby que se acercó al irascible partidario de la reproducción humana artificial y le preguntó:

— ¿Cree de veras que, por combinaciones que hiciéramos con las sustancias bioquímicas podríamos conseguir un hombre con la mente del profesor Wells?

— ¿Por qué no? Usted tiene un número muy bajo, 10.516. ¡Muy bajo para estar en los secretos de todos nuestros adelantos científicos!

— Vamos, vamos, 116. ¡No sea presumido! —sonrió Dary—. ¿Olvida que soy bioquímico y que ya llevo algún tiempo aquí?

— No es suficiente. ¡Nunca tendrá acceso a ciertos secretos!

El biólogo Zeitcher, que lucía en su brazo el 1.477, dijo tímidamente, desde su mesa de trabajo, apartando el microscopio electrónico de un millón de aumentos:

—¡A esos secretos que se refiere el 116 nadie de nosotros tiene acceso. La síntesis de todos nuestros trabajos y experimentos sólo la tiene él... ¡Nada más que él!

Todos sabían que se refería al Número Uno. Pero nadie le nombró.

Dos días atrás, el dueño absoluto de «Centauri» y sus más directos colaboradores de la Junta Rectora habían dado una vez más muestra de su infalible poder: una pequeña sublevación había sido sofocada drásticamente, como siempre acostumbraban hacer.

Dos físicos atómicos habían sido materialmente aplastados en la Central Nuclear por más de mil hombres de cabellos rubios luciendo el uniforme gris, al sólo conjuro de una orden dictada por la Junta Rectora.

Se había descubierto un sabotaje en la factoría del cosmódromo principal, en las modernas astronaves que allí se fabrican en serie. Simplemente uno de los reactores no funcionó.

Cinco ayudantes de los físicos atómicos y unos doscientos técnicos especializados al cargo de los talleres, fueron apartados de sus puestos de trabajo. La Junta Rectora les llevó al gran hemiciclo de Control y allí fueron encontrados también culpables. Catorce de ellos intentaron una fuga tan desesperada como inútil y las baterías del techo del hemiciclo de rayos «Láser» les habían fulminado en seco.

El resto fue trasladado urgentemente a engrosar la legión de cautivos del temido Mar de las Tormentas, del que se aseguraba no regresaba nadie.

Pero había más.

A «Centauri» habían llegado tres astronaves procedentes de la Tierra y otras tres llegadas directamente desde Marte. Todas habían sido capturadas, lo mismo que sus tripulantes también. Si nadie sabía dónde estaban estos hombres era por la sencilla razón de que no habían pasado de los hangares del astrodromo.

De alguna forma se filtró el comentario de que al verse juntos habían intentado oponer resistencia a los hombres rubios con uniforme gris.

¡Los habían desintegrado!

Pero la noticia que más poderosamente se fijó en la mente de Dary Cowby fue un hecho insólito que le dejó anonadado.

Una muchacha, técnico en microbiología y que lucía en su brazo el número 7.940, con uniforme negro por ser de las que procedían de la Tierra, se trasladó sin solicitar permiso a la Junta Rectora a otro distrito al que tenía asignado y por el camino había muerto.

Se la encontró en la pista sobre el vehículo que la llevaba al distrito prohibido, faltándole un brazo.

¡Se había desangrado!

No es que hubiese sufrido ningún accidente. El hecho era más curioso y

para Dary Cowby representó una seria advertencia, habida cuenta para los planes de fuga que preparaba.

El brazo que le faltaba a la muchacha era el que tenía la cifra de su número 7.940 grabado en su piel. Dary Cowby había preguntado por este hecho al profesor Branch Wells y el anciano se había limitado a decir:

— Son los isótopos.

Dary no había comprendido a lo primero e insistió:

— ¿Los isótopos, profesor? ¿Qué quiere decir?

— Sí, muchacho: isótopos radiactivos. Todos los llevamos encima y sirven para que los de la Junta Rectora sepan en todo momento dónde estamos y a dónde vamos.

Instintivamente, Dary Cowby se había mirado al brazo marcado con el número 10.516.

— ¿Aquí, profesor?

Sí, Dary. Esas cifras color oro están impregnadas de isótopos radiactivos y en una gran pantalla que tienen en Control reflejan en todo momento dónde estamos. Si salimos del área que tenemos marcada desde allí se les reactiva y pueden llegar, como en el caso de esa muchacha, a cercenar el brazo.

— ¡Fantástico! —exclamó Dary Cowby—. Es la forma de control policíaco más monstruosa que he visto.

— Pero muy eficaz, Dary. ¡Terriblemente eficaz, muchacho!

— Supongo que esto habrá salido de la mente diabólica del Número Uno.

— Exactamente, no lo sé. Pero si en algún momento habías pensado salir del área que te tienen asignada, quítatelo de la cabeza. Nada más alejarte empezarías a sentir los efectos.

— ¿En qué forma, profesor Wells?

— Según lo que me dijo el doctor Egan Hunter un día que dando un paseo se alejó distraído del área que le tienen marcada, el brazo empezó a picarle intensamente. A ninguno nos avisan de esta forma de control que tiene sobre todos la Junta Rectora y por eso, ignorando lo que era, el doctor Hunter se limitó a rascarse el brazo y continuó su paseo...

— ¡Siga, profesor!

— La picazón seguía cada vez más intensa y, ya entonces, aquello le llamó la atención. Se miró el brazo creyendo que algún insecto le habría picado, pero no encontró ninguna señal. Le extrañó mucho y como el dolor era cada vez más intenso decidió volver para consultar con un dermatólogo. Me dijo que por unos instantes pensó que posiblemente la purpurina con la

cual le habían marcado la cifra que le corresponde había penetrado excesivamente en su piel y por eso le picaba.

— Y entonces, al volver al límite del área asignada le dejó de doler. ¿No fue así, profesor? —quiso saber Dary.

— Exactamente, amigo mío. ¡Exactamente! Pero hubo más...

— ¡Cuénteme, profesor!

— Extrañado, Egan Hunter volvió sobre sus pasos y de nuevo el brazo empezó a picarle. Ya sabes cómo es el doctor Hunter: un espíritu muy observador y una mente muy despierta para captar al instante cualquier anomalía que pueda indicarle un fenómeno digno de estudiarse. Así es que una y otra vez efectuó el mismo recorrido y cada vez obtuvo idénticos resultados.

— ¡Muy interesante! —exclamó Dary Cowby.

El anciano profesor Branch Wells, abstraído en los recuerdos de lo que le había contado el doctor Egan Hunter no se fijó en su expresión y continuó:

— Al otro día el doctor Hunter me contó lo ocurrido y los dos dialogarnos extensamente sobre el caso. Yo soy un hombre viejo y no tuve valor para comprobarlo por mí mismo; pero él, dispuesto como estaba a descubrir nuevas cosas, en días sucesivos realizó el mismo inofensivo paseo y siempre... ¡Siempre!... el brazo le picaba en el sitio donde tenemos grabada la cifra que nos corresponde.

— Antes ha dicho que esos condenados isótopos pueden llegar a cercenar el brazo. ¿Cómo es eso posible, profesor Wells?

— Haciéndolos entrar en reactividad desde control remoto. ¡De ahí la importancia que tienen los números que cada uno llevamos marcados!

— Yo creí que sólo servían para identificación.

— Para eso también, pero su control es todavía más exacto para los de la Junta Rectora. Los isótopos mezclados con la purpurina tienen pesos y números atómicos equivalentes en su pantalla de control. En cuanto nos movemos, al ir de un sitio para otro, allí queda reflejado.

— ¡Vaya, profesor! Al menos debían avisarnos. ¿No le parece?

— A ellos no: cuando firmamos y prometemos cumplir los Estatutos, implícitamente se entiende que nos sometemos a todas las indicaciones que nos dan.

— A mí nadie me ha dicho que tengo prohibido salir de un distrito.

— Pero se presupone que, fiel cumplidor de tu tarea, teniendo todo lo que necesitas aquí y dedicado exclusivamente a tu trabajo, para nada desearás

trasladarte a otro.

— ¡Y qué! El hombre a veces siente necesidades imprevistas. Deseos espontáneos, ganas de dar un paseo largo, como hizo el mismo doctor Egan Hunter.

— El Número Uno y los de la Junta Rectora no lo consideran así. La vida aquí está perfectamente cuadriculada, muchacho.

— ¡Claro! Como que están acostumbrados a tratar a todos esos borregos rubios que jamás sienten nada que no sea previamente programado. ¡Le digo que son como máquinas humanas, profesor!

— Ése es el ideal de vida en «Centauri», querido Dary. Hombres y mujeres, pero que obedezcan como máquinas a una sola voluntad.

— Una cosa me extraña, profesor: si esa muchacha, esa mujer marcada con el número 7.940, se alejó de su área y empezó a sentir escozor en el brazo, ¿por qué no se detuvo?

El anciano profesor Branch Wells alzó sus sarmentosas manos hacía el techo y exclamó, iluminados sus ojillos vivaces:

— ¡Ah, querido Dary! ¡La movía una fuerza muy poderosa!

— ¿Ansias de libertad?

— ¡Algo más fuerte!

— No comprendo, profesor.

— ¡La movía el Amor!

— ¿El amor?

— Sí, Dary: esa muchacha estaba enamorada. Antes de que trasladaran al ingeniero Wolfang a las instalaciones de «misiles-atómicos», él e Ingrid von Beigen se amaban.

— ¿La conocía usted?

— A los dos. Él es un hombre muy inteligente y ella era una mujer muy linda. Primero la Junta Rectora les daba de vez en cuando algún permiso para que se vieran, pero luego, cuando se empezó la fabricación masiva de armas atómicas en el otro distrito...

— ¿Por qué no solicitó ella el traslado junto a él?

— Lo hizo, pero la Junta Rectora lo denegó. Ingrid von Beigen tenía a su cargo el Laboratorio de Microbiología y no se la podía sustituir así como así.

— Comprendo —admitió Dary con tristeza—. Y aquí los planes fijados son ante todo.

— Me alegro que lo comprendas así, Dary.

— No he dicho que lo comprendo, profesor. Simplemente lo admito como todo... ¡A la fuerza!

Y Dary Cowby empezó a pasear nervioso mientras decía, llevado por su viva imaginación:

— ¡Es horrible! Cada vez que me figuro a esa pobre muchacha sintiendo que su brazo era lastimado, lacerado, taladrado, hasta desprendérsele de su cuerpo. ¡Me entran ganas de matar, profesor!

— ¡Cálmate, Dary, muchacho! Nuestro destino es obedecer.

Al oír esto, Dary Cowby quedó plantado ante el anciano profesor, replicando con energía:

— ¡No, profesor! Nuestro destino no es obedecer como dóciles corderos sin voluntad. Nuestro destino no es colaborar con una obra monstruosa, apocalíptica. ¡Nuestro destino es luchar contra todo esto! ¡Nuestro destino es luchar contra todo esto! ¡Todo!

El anciano le miró alarmado:

— ¿Luchar? ¿Cómo, Dary? ¿Cómo?

— No lo sé todavía, profesor. Pero aquí, dentro de mí, mi mente y mi corazón me dicen que debemos intentarlo.

— ¡Sería un suicidio, Dary!

— ¡Más vale eso que vivir esclavizado!

— No vives esclavizado, Dary: tienes todo lo que necesitas.

El joven miró al anciano claudicante con cierta comprensión y benevolencia. Era natural que en un cuerpo sin fuerzas, en una voluntad largo tiempo anulada, sus reacciones fueran así.

Pero le dijo mirándole fijamente:

— ¿Recuerda por ventura aquello de que no solamente de pan vive el hombre, profesor Wells? ¿Lo recuerda...?

— Sí, Dary. Lo recuerdo: pero todo eso debemos olvidarlo.

— ¡Me niego a olvidarlo! ¡Precisamente ahora, en circunstancias así, es cuando mas se debe tener en cuenta! El hombre no es una identidad personal, es más bien la continuidad de una raza, el eslabón de generaciones y generaciones sucesivas que debe tener presente su ascensión hacia sublimes destinos. Y someterse, dejar que ese destino se tuerza por apetencias personales de unos u otros, es renegar de sí mismo.

— ¡Eres un soñador, Dary!

— No, profesor. Precisamente por ser realista, me opongo a todo esto.

— Querer luchar contra lo imposible, es soñar, Dary.

Irritado con el anciano y consigo mismo, el joven gritó:

— ¡Pues seguiré soñando! ¡Seguiré soñando para no quedarme pequeño!

Dos vigilantes de la Junta Rectora avanzaban por el pasillo del Laboratorio Central, con su invariable altura de metro noventa, sus dorados cabellos rubios, su hercúlea constitución física, sus impersonales pupilas azules... ¡Y sus pistolas de rayos «Láser» al cinto!

Y uno de ellos dijo:

— Acompáñenos, 10.516.

Dary Cowby y el profesor Branch Wells quedaron petrificados.

CAPÍTULO IX

El hombre que le recibió era bajo y rechoncho, con cejas espesas que se juntaban al fruncir el entrecejo, ojillos porcinos de pupilas pardas y más feo y peludo que un orangután de Java.

Precisamente el vello de su brazo casi no dejaba ver el número 8 que lucía sobre la tostada piel y sus piernas, ligeramente curvadas, sugerían la travesura de un bromista que le había quitado el caballo mientras andaba.

Dary Cowby le observó atentamente en su ir y venir por la estancia y se dijo que, o bien el personajillo paseaba distraído sin notar su presencia, o lo fingía para darse importancia.

Decidió seguir su juego y continuó en silencio: pero, de pronto, girando con viveza sobre sus cortas y torcidas piernas, el hombrecillo le taladró con sus ojos porcinos preguntándole con voz gutural:

— ¿Está usted contento entre nosotros, 10.516?

Con todo su aplomo Dary mintió:

— ¡Mucho, número 8!

Le miró más inquisitivamente al indagar, los cortos brazos velludos cruzados a la recia espalda:

— ¿Por qué?

— Bueno, pues... porque tengo de todo lo que necesito. Porque me tratan bien. Porque soy obedecido por toda una legión de hombres y mujeres rubias que trabajan a mis órdenes en el Laboratorio Central, porque...

— ¿Le gusta a usted el mando, 10.516? —le interrumpió.

— Sí, mucho —siguió mintiendo Dary Cowby—. Mandar y ser obedecido es sentirse uno grande. ¡Como un coloso! ¡Como un titán!

— ¡Está mintiendo! Y no le permito que haga alusiones a mi corta estatura.

Dary Cowby no se amilanó. Si aquel feo enano quería achicarle, tendría trabajo. Interiormente se confesaba que sintió miedo cuando, tras la conversación sostenida con el profesor Branch Wells en el Laboratorio, llegaron los dos Vigilantes de la Junta Rectora diciéndole que tenía que acompañarles.

Pero ahora, más que otra cosa lo que sentía era curiosidad. Aquel estrafalario personaje representaba el número 8 en la jerarquización de «Centauri» y eso, ya de por sí resultaba interesante.

Posiblemente, hasta le serviría para sus planes.

Pero reaccionó con rapidez mental al aclarar:

— No hago alusiones a su corta estatura, número 8. Al fin de cuentas, si usted es así se debe a unas leyes fijas. ¿No cree?

— Precisamente de esas leyes quería hablarle. ¿Qué sabe usted de genética?

— Le supongo enterado que realicé en la Tierra unos cursos intensivos sobre todo lo relativo a la reproducción, al nacimiento y a las herencias congénitas.

— Lo sé. Pero nada nuevo ha aportado a nuestro Laboratorio Central. ¡Allí ese viejo inútil de Branch Wells y sus colaboradores están estancados!

— Permítame que le diga que no considero «un viejo inútil» al profesor Branch Wells. Tiene una mente clara y...

— ¡Bah! ¡Chochea! —manifestó con desprecio el personajillo.

Dary Cowby hizo que no captaba el desprecio y siguió:

— Y en cuanto a que nada he aportado, tampoco es cierto.

El personajillo se estiró todo lo que pudo sobre sus pies, alzó napoleónicamente la cabeza y con ofendida altivez inquirió:

— ¿Me llama embustero?

— No... Simplemente debe de estar mal informado.

Su mano, menuda y regordeta, palmeó con energía una esquina de la mesa ante la cual había quedado como petrificado:

— ¡No estoy mal informado! Y en todo caso, le he mandado llamar para que usted lo haga.

— Perdón, señor. Creí que sólo tenía que dar cuenta de mis investigaciones al profesor Branch Wells, como jefe del Laboratorio Central.

La respuesta no se hizo esperar:

— Si ese viejo idiota es el jefe del Laboratorio, ¡yo soy más que él! ¡Pertenezco a la Junta Rectora!

Dary Cowby respiró hondo y le miró con más atención, pensando:

— «¡Vaya! Al fin tengo ante mí a uno de los responsables de todo lo que está ocurriendo en «Centauri».

Y sin poderlo evitar siguió pensando:

— «¡Es un monigote! ¡Un tarado física y mentalmente!».

Pero se guardó sus pensamientos e inclinando ligeramente la cabeza musitó, como abrumado:

— Es un honor para mí, numero 8.

— Déjese de zalemas y vayamos al grano.

Pero el personajillo daba muestra de estar menos irritado y de aceptar muy complacido aquella aparente sumisión del hombre que se inclinaba ante él. Hasta incluso abandonó la actitud olímpica y se dignó preguntar, entre conciliador y mefistofélico:

— ¿Tiene usted alguna queja que formularme del Laboratorio Central? Quiero decir si por ejemplo... ¿Le trata bien el profesor Wells?

Dary Cowby adivinó la trama envuelta en buenas maneras y se apresuró a contestar:

— Ahora que lo dice, me gustaría no depender de ese hombre. ¡El pobre ya es muy viejo!

— ¡Ya lo dije antes! Es un viejo imbécil.

— No es eso, señor. Es que... ¿Cómo le diría?

— No se esfuerce, número 10.516. Sé lo que pasa con Branch Wells: he propuesto a la Junta Rectora que pongan en su puesto al número 116.

Dary Cowby se alarmó ante el anuncio. Si en el puesto del anciano profesor Branch Wells colocaban al fanático Dean Palmer sus dificultades en el Laboratorio serían mucho mayores. Dean Palmer era el especialista en genética que abrazaba con vivo entusiasmo su labor y que siempre estaba discutiendo con los demás. A él mismo no le miraba muy bien y le consideraba como un intruso en el Laboratorio.

Pero había más.

Como especialista en genética, Dean Palmer había conseguido un compuesto bioquímico capaz de alterar las cualidades de los óvulos artificiales que fecundaran. Partiendo del ácido nucleico y de las proteínas primarias, aseguraba que podía dotar a los nuevos seres de ciertas características específicas.

Y Dary Cowby sabía cuáles eran esas características «específicas».

¡La belicosidad!

También recordaba cierta conversación que tuvo con el tímido biólogo Zeitcher, la tarde que le dijo que el Número Uno y la Junta Rectora les habían encargado que adelantaran el proceso de una nueva «hornada» de aquellos seres artificialmente creados en «Centauri».

Por estos datos y otros que Dary Cowby fue anotando en su mente había llegado a una conclusión: «Centauri» se preparaba a marchas forzadas para pasar a ser de planeta rebelde al Gobierno Central Extragaláxico, a planeta

agresor.

La fabricación masiva de «misiles-atómicos encargados precisamente al ingeniero Wolfang, novio de la muchacha que murió al perder su brazo, la acelerada construcción de astronaves y otros muchos detalles, así lo anunciaban.

Por eso intentó oponerse al nombramiento del malhumorado genético Dean Palmer y comentó:

— No creo que sea la persona adecuada. Su compuesto bioquímico no lo encuentro del todo aceptable.

Astutamente, el hombrecillo de baja estatura preguntó:

— Según usted, ¿a quién pondría al frente del Laboratorio?

Dary inició una sonrisa tímida y también astutamente estudiada. Hizo que no se atrevía, que no osaba proponerse a sí mismo, pero al fin dijo:

— Bueno, señor... Es difícil hablar bien de uno mismo.

— ¿Por qué? ¡Continúe!

— Pues porque si uno habla bien de sí mismo, nadie le cree: y si habla mal, le creen todos.

— ¡Prudente medida, joven! ¡Me gusta eso!

— Entonces, ¿cree que yo podría...?

— Antes dígame lo que ha aportado a las investigaciones de nuestro Laboratorio. Luego veremos.

Más animado, Dary Cowby informó:

— No es por ahora mucho, pero lo considero un capítulo muy importante para empezar. He tenido en cuenta las etapas difíciles que se avecinan para «Centauri» y me he esforzado para dotar a los que tengan que luchar por el planeta de una cualidad esencial.

—¿Y es...?

— En síntesis una inclinación innata hacia el suicidio colectivo...

Dejó la propuesta en el aire y observó con disimulo a su interlocutor quien a su vez, también con disimulo, había accionado un botón de los muchos que había sobre una esquina de la mesa de su despacho.

Los minutos pasaban y Dary no obtenía contestación. Estaba alerta a cualquier reacción de aquel hombrecillo, pero su mente seguía trabajando febrilmente cumpliendo con cautela las etapas que se había marcado.

Al fin el número 8 dijo:

— ¿Por qué desea esa cualidad colectiva para el suicidio a los futuros habitantes de «Centauri»?

— ¡Porque van a necesitarla, señor!

— ¿En qué se funda?

— No hace mucho he venido desde la Tierra y sé lo que se piensa allí. El Departamento de Defensa ya estaba iniciando los planes para enviar, en caso de que yo no regresara con mis informes, una nutrida representación militar aquí.

— No sólo nos defenderemos, sino que atacaremos.

— Precisamente para eso es preciso que todos los que envíen a esa lucha, que sin duda alguna se avecina, tengan bien arraigado en sí mismos un innato desprecio a la vida.

— Con el sentido de la obediencia que ya tienen... ¡Basta!

— Para las funciones que ahora cumplen sí. Pero para elegir entre la vida o la muerte, quizá no sea suficiente.

Pero el hombrecillo atajó cortante, accionando mucho sus cortos brazos:

— ¡No! ¡No y no! ¡Me niego a que dote de mentes enfermizas a nuestros futuros hombres y mujeres! ¿Quiere convertir a «Centauri» en una colmena de esquizofrénicos? ¿En paranoicos con ideas obsesivas de suicidas?

Sin alterarse, Dary Cowby dijo con mucha firmeza:

— Sólo a paranoicos y esquizofrénicos se les puede enviar a destruir la Tierra, teniendo en cuenta de que los que lo intenten perderán la vida.

Y aún con más calor, como si abrazase la causa con todas sus fuerzas, Dary Cowby prosiguió con entusiasmo:

— Escuche bien esto, número 8: si queremos triunfar, si pretendemos que la Tierra no nos destruya a nosotros e invadan este maravilloso planeta para instalarse definitivamente aquí, nosotros tenemos que destruirles a ellos. Para conseguir eso precisamos legiones de seres suicidas que vayan gustosos a la muerte y aún le abracen locos de contestos. Por eso, aunque le parezca paradójico, no es de locos crear esas legiones de locos que estarían dispuestos a ir al sacrificio como aquel que va a una fiesta.

El hombrecillo le miró de hito en hito, e incluso se dignó sonreír al decir:

— Lo que creo es que el loco es usted, número 10.516... Y por eso voy a ordenar que...

Pero una voz, la misma voz que Dary Cowby había escuchado surgir del techo del amplio hemiciclo de Control y más tarde tras los tapices del palacio de mármol blanco y negro subterráneo, pareció brotar de las paredes y dijo:

— Tú no vas a ordenar nada, número 8... ¡Déjale que siga! Hasta ahora esa idea de loco es lo más sensato que he oído aquí.

El hombrecillo de cara de mono quedó rígido y sus curvadas piernas, en vano intentaron juntarse haciendo sólo un paréntesis ridículo y grotesco, al pugnar por adoptar la posición de un disciplinado soldado cuadrado:

— ¡Sí! Sí... Número Uno. ¡Le escucharemos!

Tras esta cómica escena la voz volvió a tronar, tuteándole:

— Sigue, Dary... ¡Me parece excelente idea!

En su afán de congraciarse y cumplir otra etapa de sus objetivos, mirando a todas partes de la lujosa sala, Dary Cowby preguntó:

— Es usted el Cosmocrátor, ¿verdad?

— ¿Quién podía ser, si no? —admitió la voz.

— Me alegro que le guste mi idea, señor.

Siempre invisible, la voz rechazó esta vez:

— No me gusta el tratamiento de señor, Dary. ¡Me agrada más el de Cosmocrátor!

— Sí, claro... Yo también creo que le sienta mejor. ¡Ningún ser humano ha tenido hasta ahora tal título!

— Porque nunca ha existido un hombre digno de ser llamado Rey Universal.

— Dice bien: sólo por los diccionarios se sabe que la cosmocracia es el sistema de la monarquía universal.

— Ese será mi sistema de gobierno.

La voz dejó de hablar y Dary volvió a centrar la atención sobre el hombrecillo atemorizado y velludo, que pestañeaba sin cesar ocultando nervioso sus ojillos pardos de porcino.

Al seguir firme junto a la mesa, sus curvadas piernas se acentuaban más y Dary tuvo ganas de reír al contemplarle en aquella postura. Pero se contuvo, significativamente se encogió de hombros e hizo un ademán como si mudamente se excusara diciendo:

— «Ya ves, hombrecillo. Tu jefe, nuestro jefe Número Uno, aprueba mis ideas y tú te vas a ganar un gran rapapolvo. ¡Qué le vamos hacer!

La voz interrumpió estos pensamientos divertidos al ordenar:

— Busca una losa blanca que encontrarás a la izquierda, Dary. Ponte sobre ella y llegarás hasta mí. ¡Hablaremos mejor en privado!

— ¡Sí, Cosmocrátor!

No tuvo que buscar la blanca losa de mármol porque el hombrecillo, extendiendo uno de sus velludos brazos cortos de gorila, le indicó el lugar sin decir palabra.

A buen seguro que se sabía observado por el Número Uno por un circuito de televisión instalado allí.

Ya sobre la losa blanca, Dary Cowby inició un saludo de despedida con la mano, cuando notó que el piso cedía bajo sus pies.

Y nuevamente se encontró bajando, descendiendo a gran velocidad por una superficie lisa y dura que estaba seguro le llevaría a donde ya había estado una vez.

Por eso ahora no se inmutó y continuó descendiendo hacia la misteriosa morada del dueño absoluto de «Centauri».

Posiblemente esta vez le viera la cara.

CAPÍTULO X

Pero no tuvo el «honor» de ver al dueño de la voz impersonal, que una vez introducido en la lujosa estancia donde ya había estado una vez Dary Cowby, continuó hablándole tras los ricos y bordados tapices:

— Sí, Dary: me gusta tu idea y ordenaré que la lleves a la realidad. Mis técnicos militares me han dicho que precisaremos unas doscientas astronaves cargadas con poderosas bombas de hidrógeno para destruir la Tierra.

Hizo una pausa antes de proseguir:

— Eso supone una tripulación de unos veinte mil hombres, para que cada una lleve la dotación completa.

— Algunas no llegarán —sentenció Dary Cowby, hablando al vacío, pero con la seguridad de que era escuchado—. Desde Marte a la Tierra y por todo el Sistema hay constantemente astronaves que vigilan el espacio.

— Muy bien, Dary; pero ya cuento con esas pérdidas. En realidad, por si posteriormente nos traen el peligro de las radiaciones desatadas allí, mejor será que no regrese ninguna a «Centauri». Por eso me gusta la idea de crear seres con innatas inclinaciones al suicidio.

Dary Cowby creyó escuchar una vez más la leve carcajada de un viejo antes de volver a oír:

— Tú lo has dicho antes: es preciso que vayan a la muerte como si fueran a una gran fiesta. ¡Resultará práctico y muy divertido! Creo que tú y yo nos compenetramos, querido amigo.

— Siempre a su servicio, Gran Cosmocrátor.

Pero Dary se equivocó esta vez si creyó que aquello lo había halagado. La misteriosa voz sonó cuajada de vieja malicia al decir:

— ¡Ah, no, Dary! A mí no pretendas engañarme. No lo haces para mi servicio, sino para el tuyo. ¡También eres ambicioso!

Dary varió la táctica al confesar prontamente, con viveza:

— ¡Mucho, Gran Cosmocrátor! ¡Muy ambicioso! Y, en esta poderosa cosmocracia que vamos a construir, me gustaría tener un puesto muy importante.

— Lo tendrás, Dary. Sólo tienes que ser un fiel servidor.

Una ligera tosecilla interrumpió el peregrino diálogo, y luego:

— Has variado mucho desde que llegaste. ¡Ya no discutes conmigo!

— He visto y he creído. ¡Eso es todo!

— ¿Te ha deslumbrado «Centauri»?

— Sí. Es una obra de gigantes, de cerebros privilegiados, de mentes clarividentes, de hombres sin el pesado fardo de los perjuicios añejos que ligan a más viejos convencionalismos.

— Pero aún no odias a los hombres. ¡A la Tierra!

— Más que eso, Gran Cosmocrátor. ¡Los desprecio!

— Haces bien, Dary: en la Tierra, el hombre moderno, a pesar de su jactancia, piensa como Gulliver y no se da cuenta de que vive a nivel de Liliput.

— Aquí intuyo que todo será distinto. Es como un mundo nuevo, como algo que embriaga y llena de esperanza. Las lacras quedarán allá abajo, en nuestro enano planeta roído por vicios milenarios que se transmiten de generación en generación hasta convertirse en imperiosas necesidades.

— ¡Oh, Dary! Hablas muy bien; pero deja esas lucubraciones para mí. Quiero que me hables de ese nuevo compuesto bioquímico que has logrado, capaz de dotar a los nuevos seres que les demos vida de inclinaciones suicidas innatas.

Dary Cowby salió del atolladero diciendo:

— Son complicadas fórmulas que ahora mi cabeza no retiene. Pero estoy seguro que aplicándolas darán resultado. Sólo que...

—¿Alguna duda, Dary?

— ¡Oh, no, nada! Pero siempre me he preguntado una cosa.

— Yo lo sé todo. Puedo satisfacer tu curiosidad.

— Es lo siguiente: mi razón ha tenido que admitir, ante la evidencia, la creación de esos hombres y mujeres por medios artificiales. ¡Un gran trabajo y un magnífico logro de la Ciencia! Pero... vencidas en los laboratorios las primeras dificultades que ya me explicó el profesor Branch Wells, para que un hombre y una mujer lleguen al grado de desarrollo como todos esos que he visto, hacen falta muchos años y sin embargo...

La voz contestó pausadamente:

— Eso es un desarrollo normal; pero nuestros métodos son distintos, esencialmente revolucionarios. Tenemos grandes construcciones donde en caldos de cultivo perfectamente condicionados, la Vida no sigue el lento grado evolutivo que hasta ahora seguía, sino que avanza a grandes saltos. Nos bastan unas semanas, unos días y a veces unas cuantas horas, para crear uno de esos seres.

— ¡Es maravilloso! —exclamó Dary.

— Más justo es decir... ¡Es Único! ¡Lo he creado yo!

— ¿Y el crecimiento sigue un desarrollo normal?

— En tiempo empleado no. ¡En eso es cortísimo! Ya te he dicho.

— O sea que un ejército puede crearse en menos tiempo que se fabrica una astronave o un gran edificio de cien pisos.

— En mucho menos tiempo nuestras criaturas son personas adultas.

— Pero, si es así, no tienen niñez, ni infancia, ni juventud, ni adolescencia...

— Tampoco tienen vejez, en compensación.

— Carecen de pasado, de recuerdos, de afectos... — dijo Dary.

Estos pensamientos le llevaron a otros en cadena, y Dary exclamó:

— ¡Ahora comprendo! Por eso no tienen tampoco sentimientos.

— No los necesitan. Cumplen y en paz.

Dary guardó silencio. Estaba anonadado por todo lo que estaba sabiendo. Pero se sabía observado por aquel loco misterioso que no se dejaba ver. Le constaba que los mil ojos de las cámaras televisoras, discretamente instaladas por allí, le enfocaban desde todos los ángulos.

Y su interlocutor no debía saber que todo aquello le abrumaba. Debía aparentar tranquilidad y hasta entusiasmo, por eso dijo:

— Puede tomarlo como zalema, Gran Cosmocrátor. ¡Pero me inclino ante el creador de la Vida! ¡Ha conseguido algo único!

— Gracias, Dary; pero sólo he construido algo digno de mí. En la Tierra se conforman con perfeccionar robots mecánicos, más o menos diestros y útiles. Allí los cerebros electrónicos cumplen muchas funciones que antes realizaba el hombre. Pues bien: yo he cogido como base al hombre mismo y le he creado. ¿Para qué andarse con medias tintas? Para mí... ¡el fin justifica los medios!

— Y el fin es dominar el Universo. ¿No?

La respuesta surgió rotunda, casi como un trallazo seco que lo inundó todo.

— ¡Sí!

Pero luego la voz volvió a hacerse suave tras un corto silencio y continuó, con cierto éxtasis y como si hablase para sí misma:

— ¡Tengo sed de Belleza! ¡De Perfección! ¡De Verdad! Ansió locamente un mundo nuevo, un Universo nuevo, distinto al que hasta ahora hemos tenido. Y para eso hay que destruir lo viejo, lo que ya está podrido, para que

no contamine con sus hediondas miasmas la Vida que estoy creando en «Centauri», principio y base del Universo que pienso construir.

Nuevo silencio interrumpido al poco al añadir:

— ¡Tengo sed de Luz! ¡Sed de Infinito!... ¡Sed de crear las cosas tal como yo las concibo! Sabía que la vieja y medrosa raza humana no secundaría mis planes y por eso me esforcé en crear otros seres, hombres y mujeres dóciles a mis mandatos que al no tener Pasado, yo sería su Presente y su Porvenir. ¡Su Creador!

Dary Cowby escuchaba en silencio aquella exaltada perorata que continuó:

— ¡Tengo sed de Mar! ¡Sed de Azul! ¡Una sed devoradora que sólo la pueden calmar los insondables océanos del Espacio! Y para beberlos, para tragármelos a voluntad, tengo que poseerlos, dominarlos...

La voz anciana jadeaba tras los bordados tapices que adornaban la gran sala de altas columnas corintias de mármol blanco. Su timbre impersonal repercutía en la gran bóveda y Dary Cowby tenía la sensación que le hablaba desde todos los ángulos.

Todo aquello parecía irreal, fantasmagórico. Y lo que decía aún más.

— ¡Desprecio al hombre de la Tierra por hipócrita! ¡Por mojigato! Pero tenía que servirme de él y conseguí que me destinaran gracias a mis méritos científicos al frente del Gobierno de este lejano planeta...

Dary Cowby aprovechó la nueva pausa para exclamar, al identificar al fin al dueño de aquella voz:

— ¡Ah! Entonces usted es...

— ¡Calla! ¡Estoy hablando yo! —le cortó, tajante e imperioso.

Y luego, con el mismo ritmo de su anterior perorata, dijo:

— Una vez aquí lo fui planeando todo cuidadosamente. «Centauri» era el ideal soñado para el traslado masivo de la caduca raza humana: el planeta poseía de todo cuanto podía apetecer. Por eso el Gobierno Central Extragaláxico no me negó nada de todo cuanto pedí. Durante años, fui acumulando los más modernos medios y solicité la colaboración de los cerebros más clarividentes y privilegiados: los sabios más eminentes y los científicos más adelantados y audaces en todas las ramas del saber vinieron aquí y yo los fui destinando a los lugares precisos, para mis fines...

»Dueño ya de los medios y la técnica, no encontré dificultades para que «Centauri» floreciera en todos los aspectos. Y entonces mi Ideal empezó a tomar cuerpo. Fundé la Junta Rectora y creamos los Estatutos, una vez hube conseguido gran número de seguidores entre mis más directos colaboradores.

Tímidamente Dary osó interrumpir, preguntando:

— ¿Cómo consiguió convencerles?

La voz contestó:

— Yo les ofrecía el Porvenir: en la Tierra estaba el caduco Pasado. ¡Fue fácil!

— Siga, por favor.

— Previamente, ya habíamos hecho a esas criaturas humanas artificialmente para que fueran nuestros eficaces brazos ejecutores. Aquellos que no firmaron los Estatutos fueron trasladados al Mar de las Tormentas.

Deseando mostrarse duro, inflexible, Dary volvió a decir:

— ¿Por qué no fueron eliminados? Habría sido más fácil.

— Pero menos útil. Allí trabajan para nosotros.

— Perdón. No había caído en eso.

La voz siguió, como si se recreara en recordar todo aquello:

— Había llegado el momento de romper con la Tierra y por eso cortamos toda comunicación. El que llegase a «Centauri» sería internado. Pero si alguno firmaba los Estatutos y quería unirse a nosotros, tendría su oportunidad. ¡Tú fuiste listo, Dary!

— Admito que primero me costó. Pero soy un hombre práctico que también piensa que el fin justifica los medios.

Esta vez, la voz adquirió tonos maliciosos al preguntar:

— ¿Y cuál es tu fin, querido Dary?

No hubo duda, ni una leve vacilación al decir:

— Servirte, Gran Cosmocrátor.

— ¿De forma absoluta? ¿Total?

— ¡Totalmente!

— ¿Por qué, Dary?

— He comprendido tu Ideal. Me he identificado con todo lo que se propone hacer aquí. Y dar la vida si es preciso por un Ideal es lo más sublime.

— ¿Tú darías la vida por mí?

Tampoco hubo duda esta vez. Casi hasta un reto.

— ¡Puede probarlo!

La respuesta fue desconcertante.

— ¡Lo voy hacer ahora mismo!

Dary Cowby se sintió atrapado en sus propias palabras. Quizás había ido demasiado lejos en su audacia, en su afán por demostrar una ciega lealtad que le permitiera, de alguna manera, luchar contra todo aquello que estaba ocurriendo en «Centauri».

Había visto lo suficiente en aquel planeta para saber que el Número Uno y su odiosa Junta Rectora no se detenían ante nada. Iban ciegamente a su fin.

Y no sería, ciertamente, el sacrificio de su vida lo que les detuviera.

Pero quiso esquivar el fatal golpe, recordando:

— Puede hacerlo cuando quiera, Gran Cosmocrátor. Sé que ahora, en este mismo instante, puedo caer fulminado aquí mismo. Bien: si lo desea así, sea. Tengo una gran tarea aún por realizar. Recuerde la fórmula bioquímica que he encontrado para conseguir que nuevos seres artificialmente creados...

La voz le interrumpió, y tenía unos tonos divertidos que no le agradaron mucho a Dary Cowby:

— Tú has dicho que tienes las fórmulas en el Laboratorio. Bastará con que otros bioquímicos las analicen y las empleen. ¡Ya has cumplido tu tarea, Dary!

El hombre joven sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral. Todo aquello era más diabólico de lo que había pensado al principio.

¡Estaba sentenciado!

Pero dominó su miedo por respeto a sí mismo. En realidad, todo aquel tiempo que había vivido en «Centauri» había sido como un regalo. Ni un solo instante había dejado de estar amenazado, como si la espada de Damocles hubiera estado pendiente de su cabeza.

Si tenía que morir, lo haría con dignidad.

No obstante, se decidió a quemar su último cartucho y dijo:

— Sea, Gran Cosmocrátor. ¡Te ofrezco mi vida ahora mismo! ¡Hágase tu poderosa voluntad!

Reinó el silencio. Un silencio que pesaba sobre los hombros del ser que había sido sentenciado. Pero Dary Cowby mantuvo su peso fortalecido por estos pensamientos.

Si aquel loco despreciaba a los hombres, a la raza humana a la que también él pertenecía, a la que ansiaba aniquilar en una guerra apocalíptica largo tiempo soñada y a punto de estallar, él, Dary Cowby, le enseñaría cómo sabían morir los seres que despreciaba. En aquellos instantes, él venía a representar a todos los hombres: a toda aquella raza humana y a los miles de

siglos que habían vencido en su constante batallar por la existencia.

Y arriba, en el cielo, muy por encima de aquel fatuo y falso Cosmocrátor de mente enfermiza, estaba Dios.

¡Y Dios les estaba contemplando!

Sus pensamientos quedaron interrumpidos, al oír nuevamente la voz que le ordenaba, con calma:

— Avanza hacia esa mesa de bacalita que ves a tu izquierda. Sobre ella encontrarás una pistola de rayos «Láser». Tómala y destrúyete a ti mismo.

— ¿Eso me pides, Gran Cosmocrátor?

— ¡Eso te ordeno!

La mente de Dary Cowby trabajó activamente. Era inútil resistirse y con toda seguridad, si cuando empuñase la pistola intentaba algo que no fuera utilizarla contra sí mismo, otras dispararían contra él más veloces que sus propios movimientos y de todas formas caería fulminado. Era ridículo pensar que un hombre que había llegado a dominar todo un gigantesco planeta y que se preparaba para reinar sobre el Universo entero no hubiese tomado aquellas elementales precauciones.

Ridículo y absurdo.

Y el, Dary Cowby, no caería en eso.

Obedecería siempre mostrando rendida sumisión. Pero con la remota esperanza de que tan sólo se tratase de una suprema prueba de lealtad. Si era así, si los nervios y su valor no le traicionaban, saldría airoso. Si no era así...

Avanzó hacia la mesa de bacalita con paso firme, vio la pistola y la empuñó. Pero antes de llevársela a la cabeza, en muda y sentida oración pensó:

«¡Perdóname, Dios mío!»

Luego oprimió el gatillo.

CAPÍTULO XI

Creyó que despertaba en el propio Paraíso.

Estaba tendido sobre un blando lecho y el bello rostro de una mujer que ya había visto una vez le contemplaba. Tenía los abundantes cabellos muy negros y los grandes ojos también, y en sus pupilas, extrañamente dulces, parecía que había un ruego muy femenino.

— ¿Quieres que te bese? — interpretó Dary Cowby.

— ¡Lo deseo! —contestó la mujer.

No tuvo más que inclinarla hacia él.

Poco después, incorporándose y observando la estancia, el hombre preguntó:

— ¿Dónde estoy, número 10?

La mujer se acercó melosa hacia él, rogándole con un susurro:

— Llámame Ada Lynn. ¡Ése es mi nombre, Dary!

La contempló divertido, señalando el brazo de la mujer de sedosa piel, donde tenía grabada la cifra.

— ¡Vaya! ¿Cambiaste de opinión? Recuerdo que la primera vez que te vi me dijiste que...

— Desde entonces han cambiado muchas cosas, Dary —respondió ella.

— Eso parece. Pero ¿cómo llegué aquí?

— Me encargó de ti el Número Uno. La pistola sólo tenía rayos paralizantes. Has dormido durante todo un ciclo.

— ¿Un ciclo? ¿Qué espacio de tiempo es ése, Ada?

— Lo que en la Tierra llaman un día.

— Por eso debo tener tanta hambre. ¿No tienes nada por aquí para...?

— Tengo de todo, mi amor. ¡Y te tengo a ti!

Divertido, Dary Cowby dijo con ironía:

— La estatua de hielo se fundió, ¿verdad?

— Es obra tuya, Dary. Desde el día en que me hablaste yo..., yo... ¡No quiero seguir aquí!

— Lo celebro, Ada. ¡En eso creo que muchos estamos de acuerdo!

— No quiero seguir aquí, porque en «Centauri» no existe el Amor. Y

ahora que le he conocido, yo...

— Me halagas, Ada. Pero me vas a permitir que dude de ti. En este condenado planeta no sé cuándo una cosa es verdad o mentira. Tu cambio de opinión puede resultar otra trampa, otra prueba como esa de la pistolita y... ¡La verdad, Ada! Si no fueras de la máxima confianza del Número Uno, tu numeración no sería tan baja. ¡Nada menos que el 10!

— Me la dieron porque pocas mujeres de las que llegamos de la Tierra aceptaron firmar los Estatutos. Yo creí que era mejor hacerlo, antes de que me deportaran al Mar de las Tormentas. ¿No lo hiciste tú también?

— Cierto: ¡lo hice! Pero recuerdo que tú me dijiste que lo firmaste por convencimiento.

— ¿Qué podía decirle a un desconocido que empieza a hablarme? ¿Sabes que aquí muchos han caído en trampas semejantes que tiende la Junta Rectora?

— ¿Y ésta no es una tuya ahora, Ada?

La hermosa mujer se ofreció, sumisa:

— ¿Cómo puedo demostrártelo, Dary? ¿Tan poco conoces a las mujeres?

— Bueno, la verdad es que ya me estaba olvidando de ellas, pero sí recuerdo que hay algunas realmente diabólicas. Estoy pensando en que, posiblemente, en vista de que salí airoso de la prueba de «lealtad» a la que ese loco de Número Uno me sometió, como premio te dijo que te encargaras de mí y...

La miró admirativamente, recorriendo con los ojos su atractiva silueta, para añadir:

— Aunque si fuera así, admito que es un lindo premio.

— Gracias, Dary. ¿Es sólo un cumplido?

— Es una verdad como un templo. ¡No tienes más que mirarte al espejo!

— Ya sólo quiero mirarme en tus ojos. He vivido demasiado tiempo de una forma estéril. ¡Absurda!

— Aquí, en «Centauri», no se puede vivir de otra manera, Ada.

— Y ¿qué podemos hacer, cariño? La Junta Rectora presupone que te estoy aleccionando. Me han encargado de ti para que te convierta en uno de los más adeptos a ellos. Cuando no dudaste en «sacrificar» tu vida por él, por el Número Uno, me enteré que te van a nombrar jefe del Laboratorio Central y...

— Me gustaría ver su cara, si llega a enterarse que lo hice pensando que era sólo eso, una prueba. ¡Fuimos de pillo a pillo!

De pronto, girando en redondo y examinando una vez más la lujosa habitación, Dary Cowby exclamó:

— ¿Estás segura de que no nos están escuchando? Pueden tener instalados micrófonos por aquí.

— No temas —le tranquilizó la mujer—. No hay nada de eso.

— Pero en el despacho de aquel enano de cara de mono recuerdo que los había. ¡El Número Uno escuchaba todo lo que hablamos!

— Es distinto. Los de la Junta Rectora a su vez son vigilados por él. Pero aquí estoy segura no nos escuchan.

Dary Cowby oprimió con fuerza una de las muñecas de la muchacha al preguntar:

— ¿Por qué estás tan segura, Ada?

Pareció dudar, pero al fin dijo:

— Porque, en esta habitación, me he reunido con otros descontentos y hemos hablado de cosas que, de enterarse ellos, ¡nos habría costado la vida!

Ahora el hombre la miraba con dulzura, como excusándose de sus recelos.

— ¿Eso has hecho, Ada?

— Sí, Dary. Desde que te conocí, empecé a pensar: me olvidé de un gran desengaño sufrido en la Tierra...

— ¿Un desengaño amoroso?

— ¿Qué otra cosa puede convertir en una roca a una mujer?

— Está bien, Ada. ¿Con quién te reunías? ¡Tienes que decirme sus nombres! O al menos los números que tienen.

— Con el profesor Branch Wells, con el doctor Egan Hunter, con el biólogo Zeitcher y con otros.

— ¿No se mezclaría con vosotros ese fanático de Dean Palmer?

— No, Dary: a veces le invitaba y también asistía a nuestras reuniones. Pero entonces, por consejo del profesor Wells sólo hablábamos de cosas sin importancia, de problemas de trabajo. Lo hacíamos para que nunca recelaran.

— Una prudente medida. ¡Y yo que te tomé por una fiel sacerdotisa del Número Uno!

— Recuerdo que así me llamaste. De haberlo sido así te habría denunciado. Todo lo que hablaste conmigo era pura labor derrotista para sus doctrinas.

— En el fondo confiaba en ti, Ada.

— ¿Por qué confiaste?

— Porque una mujer que tiene en sus ojos tanta vida, tanto fuego y tanta humanidad, no podía sentenciarme a muerte.

Sonrió abrazándola nuevamente, al decir:

— ¡Pero corrí mi riesgo, reinita!

— Junto a ti, no me importará correr los riesgos que sean, Dary.

— ¿Sabes que van a ser muchos, Ada?

— Mayor sería el perderte. Y peor aún que me despreciaras, Dary.

La besó. Pero esta vez no apasionadamente; sino más bien con infinita dulzura en la que iba implícita la promesa de que lo que fuera lo pasarían juntos.

Poco después ella se separaba de sus brazos y preparó la comida que disfrutaron juntos, como millones y millones de enamorados por los cuales estaban dispuestos a luchar estarían haciendo en aquellos instantes en la lejana Tierra.

Y allí, sobre la mesa, Dary Cowby fue comunicándole sus planes a la bella compañera que había ido a encontrar, empujado por su destino, en «Centauri», un planeta gigante perdido en la inmensidad del Cosmos...

* * *

Horas después, Dary Cowby se dispuso a salir, encargándole a Ada Lynn:

— Habla con esas personas, cariño. Ponles al corriente de nuestro plan y recomiéndales mucha cautela.

La mujer se refugió en sus brazos una vez más.

— ¡Tengo miedo, Dary! ¡Mucho miedo!

— Todo saldrá bien, Ada. Pero, si no es así, tendremos la satisfacción de haberlo intentado y de obrar como corresponde.

— Lo sé, cariño. ¡Pero no puedo evitar tener miedo!

Dary Cowby la obligó a mirarle alzando la barbilla y diciendo:

— Repítete constantemente esta bella frase de Horacio: «Al que vive temiendo, nunca le tendré por libre».

— Sí, Dary. ¡Seremos libres!.

— Nosotros y todos los que luchen por esa libertad, Ada. ¡Aunque algunos mueran en la lucha!

Se separó de ella y caminó bajo la estrellada noche, adornada por las veinte lunas de «Centauri».

Realmente aquel planeta era maravilloso, bello, grande y prometedor. Todo en él sugería una vida hermosa. No era extraño que el hombre lo hubiese elegido para trasladar su civilización allí y desarrollarla aún más desde su nueva plataforma.

Pero ninguna gran meta se consigue sin el correspondiente esfuerzo. Es una ley constante que el hombre siempre ha tenido que vencer. Y ahora se trataba de vencer, de derrotar, de aniquilar a los maniáticos de aquella Junta Rectora que gobernaba con mano férrea en «Centauri».

CAPÍTULO XII

Fijos los ojos en la gran pantalla que controlaba todos y cada uno de los movimientos del personal que tenía mezclado con la purpurina de los números que marcaba en sus brazos los isótopos radiactivos, el encargado de Control exclamó asombrado:

— Pero ¿qué está pasando?

Accionó una palanca, giró un volante, tecleó varios pulsadores y, al fin, se convenció de que no era defecto de la máquina. Su cerebro electrónico funcionaba bien; las células fotoeléctricas cumplían sus funciones, al enviar las descargas correspondientes a los isótopos radioactivos. Pero éstos, neutralizados por alguna causa ajena a Control, por lo menos en un número de veinte o treinta individuos, no indicaban en la gigantesca pantalla negra los lugares en donde se encontraban esos hombres.

El encargado de Control pulsó un botón y, al instante, sonó el timbre de emergencias.

Poco después, perfectamente alineados y formados, llevando todos armas «Láser» bajo el brazo, tenía ante él a medio centenar de hombres atléticos y rubios que esperaban sus órdenes.

Una computadora electrónica ya le había dado al jefe de Control los números de los hombres que habían escapado de la vigilancia de la gran pantalla y ordenó, tras entregar la hoja de papel al jefe de la formación:

— ¡Búsquenme a estos números! O se han arrancado el brazo de cuajo, o no me explico lo que puede pasar. ¡Han escapado a control!

El jefe de la formación dijo, aunque no mostró mucha sorpresa:

— Es imposible. El método de los isótopos radioactivos nunca ha fallado.

— ¡Pues esta vez sí! ¡Quiero que localice a todos estos hombres!

Siempre impasible, con su mirada azul impersonal, el hombre alto y rubio quiso saber:

— ¿Les matamos?

— Si es preciso, ¡sí!

En aquel instante zumbó el intercomunicador y el jefe de Control corrió hacia él hasta situarse ante la pantalla.

El rostro del número 8 apareció en la pantalla y con sus pequeños ojos porcinos desorbitados anunció:

— ¡Atención! ¡Atención! ¡Están asaltando a Control! ¡Los veo desde aquí, número 5!

El jefe de Control no daba crédito a lo que su compañero de la Junta Rectora le anunciaba y exclamó:

— ¡Imposible, número 8! ¿Quién está asaltando el edificio?

— ¡Ellos! ¡Parece que los dirige el biólogo Zeitcher! ¡Todos llevan los brazos vendados, a la altura donde tienen los números marcados!

Nervioso, bramando más que diciendo, el jefe de Control gritó:

— ¡Aunque sea así, Zoltan! Aunque se hayan cubierto los números con vendas los isótopos radioactivos debían funcionar. ¡Los tienen incrustados en su carne!

Sin embargo, la explicación era sencilla.

El biólogo Zeitcher y un grupo de veinte hombres que había conseguido le secundaran, habían recurrido a la única forma de librarse del control de aquella diabólica pantalla gigante, que registraba todos los movimientos de los hombres que tenían incrustados en sus números correspondientes los isótopos radioactivos.

Las hábiles manos del cirujano Strasser, juramentado también en la sublevación, habían procedido a quitarles con el bisturí electrónico los trozos de carne de los brazos en donde tenían grabados los números.

Al someterse a tal cosa todos sabían lo que les esperaba.

¡La muerte, en cuanto se desangraran!

Cada minuto contaba. Sólo podían esperar tener el tiempo y las energías suficientes para correr hacia el edificio de Control y cumplir la misión suicida que se habían asignado.

¡Destruirlo!

Si lo conseguían, si la pantalla gigante del edificio de Control quedaba inutilizada, la primera parte del plan se habría cumplido. Así ya nadie podría controlar los movimientos de los otros sublevados que a su vez, atacando en puntos estratégicos y precisos, sin necesidad de tener que mutilarse, podrían luchar con todas sus fuerzas y con mayores probabilidades de éxito.

Previamente, todo sincronizado al segundo, Dary Cowby y otros habían atacado por sorpresa a una de las patrullas de Vigilantes rubios de la Junta Rectora. Parte de las armas que consiguieron fueron a las manos del biólogo Zeitcher y los de su grupo que dispararon los rayos «Láser» contra la guardia del edificio de Control.

La única forma de entrar allí era la fuerza. Se había desistido de emplear la astucia o cualquier otro método porque todos tuvieron que ser descartados. En Control, la Junta Rectora no dejaba entrar a nadie. Ni acercarse tampoco.

¡Absolutamente a nadie!

Sólo el número 5 y un centenar de aquellos Vigilantes rubios creados artificialmente en «Centauri» tenían acceso. Y ahora se luchaba en el Edificio que pronto se convirtió en un auténtico campo de batalla.

Los atléticos Vigilantes rubios morían como moscas, lanzándose al combate, al parecer sin importarles su muerte. Pero, por el otro bando, también morían los hombres, unos ya sin fuerzas, desangrados, y otros alcanzados por los fulmíneos rayos «Láser».

Al fin, cuatro de aquellos héroes anónimos alcanzaron la sala central de Control y fulminaron con los haces de luz de sus armas la odiosa pantalla, especie de pulpo gigante de miles de brazos invisibles que les había tenido esclavizados, vigilando siempre sus movimientos.

Se produjo un fenomenal cortacircuitos y, al minuto, una colosal explosión.

Quinientos metros de altura de acero y vidrio que se creyó inastillable volaron a gran altura y todo el edificio se derrumbó como si fuera un débil castillo de naipes.

La formidable explosión hizo temblar todo aquel distrito de «Centauri» y muchos se lanzaron a las calles, pensando en un terremoto. Hombres y mujeres rubias dejaron sus funciones asignadas y corrían de un lado a otro, mezclándose con otras mujeres y otros hombres que habían nacido en la Tierra, pero que, sometidos al régimen de la Junta Rectora, siempre habían obedecido sus mandatos tras firmar, por convicciones o a la fuerza, los Estatutos promulgados por el Número Uno.

Dary Cowby y su grupo, tras atacar por sorpresa y reducir a los Vigilantes del Laboratorio Central, vieron aquel dantesco espectáculo desde la planta decimotercera del gran edificio.

Ada Lynn estaba junto a él con las mejillas muy sofocadas y le dijo:

— Han debido de morir todos.

— ¡Pobre Zeitcher! —exclamó ella—. ¡Nunca olvidaremos su nombre!

— Ni a él, ni a los que le acompañaron, Ada. ¡Y su sacrificio no debe ser inútil! Aún queda mucho que hacer.

Se volvieron hacia el grupo que se miraban a sus brazos marcados con las cifras, todavía incrédulos. Y uno de ellos dijo:

— ¿Ya no nos controlarán? ¿Ya no saben por dónde andamos, señor Cowby?

— Así es, amigos míos. Podemos ir por donde queramos.

— ¡Es como un sueño! ¡No llego a creerlo!

— Pero aunque no puedan controlar nuestros movimientos saben que nos hemos sublevado y lanzarán a sus Vigilantes contra nosotros. ¡Y ya sabéis cómo obran esos hombres! Son como autómatas. ¡Nada les detiene!

— ¡A nosotros tampoco ya nadie nos detendrá! — gritaron muchos otros a la vez.

Dary Cowby había contado con aquel entusiasmo, pero todavía esperaba más. En realidad, los que habían tomado parte directa en la iniciada sublevación eran bien pocos. El miedo a ser descubierto, a temer alguna delación o a que los de la Junta Rectora sospecharan, unido al factor tiempo, no les había permitido hablar a muchos hombres y mujeres a los que ahora, ya destruido Control, sería más fácil convencer y enrolar en sus filas, tras los triunfos iniciales de algo que todavía estaba en juego.

Precisamente, Ada Lynn debía encargarse de aquella veloz captación.

Ella, con el número 10 grabado en el brazo, era muy conocida por todos. Los hombres y las mujeres rubias la verían pasar en su vehículo sin hacerle nada y así podría recorrer todo el distrito. Incluso podría engañarles diciéndoles que tenía órdenes de la Junta Rectora para que se fueran agrupando junto a los grandes almacenes donde se guardaban los ácidos nucleicos y de proteínas, materia prima para «fabricar» más seres artificialmente.

Pero, cuando encontrase a los que habían nacido en la Tierra, en pocas palabras les diría lo que pasaba. Sobre todo, les diría que Control había sido destruido y que, si se unían a la lucha, el triunfo era posible.

Al fin de cuentas, «Centauri» se regía por aquel distrito, en donde estaba instalado, en su subterráneo palacio de mármol blanco y negro, el Número Uno y toda la Junta Rectora, parte de ella ya destruida.

El resto del gigantesco planeta estaba virtualmente deshabitado, sacando el lejano Mar de las Tormentas al que a toda costa se debía llegar, una vez dominado el distrito que servía de capital, para libertar a todos los deportados con los cuales el triunfo estaba asegurado.

Pero, para llegar, necesitaban las astronaves y los vehículos aún en poder del resto de la Junta Rectora. Por eso Dary Cowby dio una orden:

— ¡Vamos a los hangares! ¡Necesitamos esos medios de locomoción!

Corrieron por los pasillos y al llegar a la plataforma frente a uno de los ascensores una figura les esperaba allí, arma de rayos «Láser» en sus pecosas manos.

Era el genético Dean Palmer y les gritó, histéricamente:

— ¡Atrás! ¡Les fulminaré a todos si no se rinden!

Dary Cowby contuvo a sus compañeros y se adelantó él algo del grupo.

— No sea loco, Dean. ¡Su causa está perdida!

— ¿Quién lo ha dicho? ¿Un mequetrefe como tú? ¡Siempre desconfié de ti, número 10.516!

— Deje de llamarme así, Dean. Únase a nosotros, como están haciendo muchos y dejará de ser un simple número sin voluntad... ¡Y sin dignidad!

— Los locos sois vosotros. El Número Uno aún tiene poder para sofocar esta absurda sublevación. ¡Le basta con accionar una palanca!

— Lo habría hecho de ser así. A estas horas ya estará enterado de lo que está ocurriendo.

— Lo hará si es preciso en el último instante. ¡Nadie se salvará en «Centauri»; si él lo quiere!

— ¿Por qué, Dean? ¿Por qué?

— Porque todo el planeta saltará hecho pedazos. ¡Lo desintegrará!

Dary Cowby y su grupo que le esperaba unos metros más atrás quedaron paralizados. Tenían sobradas pruebas de que aquel loco al que todos llamaban Número Uno era capaz de todo. Durante años había tenido todos los resortes del poder en sus manos.

Posiblemente había preparado algo diabólico, algo apocalíptico si alguna vez tenía las de perder.

Y, si era así, si en sus dementes manos estaba la total desintegración del gigantesco planeta, ¿para qué luchaban y por qué, en aquel mismo instante, muchos de los sublevados estaban muriendo en la calle?

Pero Dary Cowby era hombre que se crecía con las dificultades. Su mayor facultad era que, en los momentos críticos, sabía elegir la actitud precisa. Lo hacía sin grandilocuencias y sin gestos teatrales. Pero firme y seguro de que era la decisión que debía adoptar.

Por eso dijo, sin dar lugar a que el miedo calara hondo en sus seguidores:

— ¡Sea, Dean! ¡Que desintegre a «Centauri», si lo quiere! ¡Que destruya su propia obra! Pero, al menos, habremos conseguido lo que más importa. La Tierra, la humanidad entera. ¡Será salvada!

Su decidido entusiasmo se contagió al grupo y algunos gritaron:

— ¡Bien dicho, Dary! ¡Merece la pena seguir adelante!

Y otros:

— ¿A qué esperamos, Dary?

Dary Cowby tenía ante él, a muy pocos metros, a un fanático con un arma velozmente mortífera en sus delgadas manos. Y le retó:

— Dispare, si tiene valor, Dean. ¡Dispare ya! Logrará matarme, pero también caerá usted fulminado. ¡Nosotros ya tenemos también de esas armas!

Dean Palmer le miraba con sus ojos inyectados en sangre. Movió levemente los brazos para apuntar mejor y entonces, a su espalda, un rayo de luz brotó desde el ascensor.

Dean Palmer cayó fulminado, atravesado por el rayo «Láser».

De la plataforma del ascensor avanzó un hombre anciano, con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo fatigado.

Era el viejo profesor Branch Wells y dijo, al mirar su obra;

— ¡Dios me perdone! Durante años me esforcé por crear la Vida. ¡Ahora he dado la muerte!

Dary Cowboy avanzó hacia él, quitándole el arma.

—Gracias, profesor. Me ha...

— ¡Tenía que hacerlo! ¿Comprendes, Dary? —gritó, excusándose.

— Descanse, profesor. Nosotros aún tenemos mucho que hacer.

Y continuó hacia el exterior seguido de su grupo.

Fuera; la lucha proseguía.

CAPÍTULO XIII

Hay un viejo refrán, viejo como el mundo, que reza:

Puede un hombre crear un trono con las bayonetas, pero jamás podrá sentarse en él.

Por otra parte, si la centralización del poder tiene ciertas ventajas, también es cierto que tiene muchas desventajas, pues destruido el mando central el resto de la fuerza queda sin cabeza rectora, sin nervio, sin capacidad para tomar decisiones que siempre le han sido ordenadas.

En «Centauri» ocurrió eso.

A medida que los sublevados fueron apoderándose de los centros nerviosos que regía la Junta Rectora, la resistencia fue haciéndose menor y, poco a poco, todo el distrito que servía de capital al planeta fue cayendo en sus manos.

También se demostró otra cosa: la perfección física exterior no lo es todo. Los hombres y las mujeres rubias creados artificialmente en «Centauri» dejaban mucho que desear en cuanto a inteligencia y capacidad imaginativa. Les habían creado para obrar como autómatas sin voluntad propia.

¡No podía pedirse mucho a ellos!

En pocas horas muchos de ellos fueron conducidos como dócil rebaño a los lugares elegidos para su masiva concentración. En sus ojos azules, todos iguales, no se podía leer ni la sorpresa ni la cólera por haber sido vencidos. Simplemente miraban como siempre, sin alterarse nunca, sin emociones, sin sentimientos.

En contraposición, el pequeño Estado Mayor que Dary Cowby creó a toda prisa funcionaba a la perfección. Todos eran hombres y mujeres inteligentes, bien preparados, científicos que habían sido destinados a «Centauri» para cumplir cada uno funciones específicas, posteriormente truncadas por la absorción del mando absoluto del Número Uno y su odiosa Junta Rectora.

Buena conocedora de aquel sistema de gobierno, Ada Lynn resultó una baza muy decisiva y la muchacha se multiplicó, con secreto afán por borrar cualquier anterior colaboración que en el fondo siempre había sido forzada. En su interior siempre había latido la rebeldía, sólo frenada por la imposibilidad de ponerla en manifiesto.

Y Dary Cowby reconoció este esfuerzo, diciéndola:

— Debes descansar, Ada. Necesitamos de todas nuestras fuerzas para las últimas etapas.

— ¿Qué haremos ahora, Dary?

— Ante todo enviar algunas astronaves para el rescate de todos los deportados al Mar de las Tormentas. ¿Sabes más o menos cuántos son?

— Unos dos mil quinientos.

Un hombre de unos cuarenta años que hasta entonces había tenido el número 2.332, pero cuyo nombre era Alberto Anka, se ajustó el brazalete blanco que cubría la cifra y que ahora servía para identificar a los sublevados, y propuso:

— Será mejor traerlos a todos aquí.

Otro preguntó:

— ¿No viene con nosotros, Dary?

Dary Cowby no contestó. Tenía una idea en la mente y la estaba madurando. Al fin negó:

— No, amigos. ¡Tengo algo más importante que hacer!

Ada Lynn adivinó con su intuición femenina, preguntando alarmada:

— ¿Piensas bajar a por él, Dary?

— Sí, pequeña. Es preciso sacarle de su madriguera.

— Pero es peligroso, Dary. ¡Ese hombre está loco!

— Precisamente por eso, cariño. ¡Y de un loco se puede esperar todo!

El doctor Egan Hunter se adelantó.

— ¿Cree que es cierto lo que dijo Dean Palmer? — inquirió.

Una vez más Dary dudó antes de contestar:

— Es posible que sea cierto. Y, si tiene minado el planeta con ocultas bombas atómicas y de hidrógeno, le bastará apretar un botón para destruir «Centauri».

— ¡Es horrible! Seguimos bajo la voluntad del Número Uno — exclamó alguien.

Y otro de los reunidos:

— ¡Siempre igual! ¿Qué hemos adelantado?

Animosamente, recordando cada instante de los vividos, últimamente, Ada Lynn se encaró con todos diciendo:

— ¡Hemos adelantado mucho! ¡Vivir al menos por unas horas como seres libres!

Miró al hombre locamente amado con agradecimiento. Pero luego dijo sumisa:

— ¿Qué propones, Dary?

— Ante todo libertar a los deportados del Mar de las Tormentas. Luego abandonar el planeta y regresar a la Tierra, por si acaso.

— No hay suficientes naves para todos —recordó alguien.

— Para todos nosotros sí: esos hombres y mujeres creados artificialmente aquí no tenemos por qué llevárnoslos.

Vio que ninguno de los reunidos protestaba y añadió, ya perfilando sus planes:

— Pero en el viaje de ida todos serán trasladados al Mar de las Tormentas. El distrito debe quedar totalmente despoblado.

Los miró a todos fijamente y terminó por clavar sus pupilas grises intensamente en Ada Lynn, en la mujer amada.

— ¡Sólo yo me quedaré aquí!

La muchacha corrió hacia él, gritando al preguntar:

— ¿Tú, Dary? ¿Por qué, cariño?

— Debe ser así, Ada: el Número Uno, el número Dos y el Número Tres siguen en ese palacio subterráneo. Si los demás de la Junta Rectora han muerto, ellos no saldrán de ahí hasta que alguien baje a buscarlos. ¡Y quiero ser yo!

— Lo echaremos a suerte — propuso el doctor Egan Hunter.

— No, doctor. Tengo la intuición de que a ese loco le gusta hablar conmigo. Bajaré y procuraré entretenerle mientras todos evacúan el planeta. Ahora no sabe lo que estamos haciendo, al no poder vigilarnos ni por la pantalla de Control destruida ni por los circuitos de televisión que han sido cortados. ¡Y tengo el presentimiento que espera a que baje!

— ¡Te matará, Dary! —volvió a gritar la muchacha.

— Es posible, Ada: sé que tiene instaladas baterías de rayos «Láser» en sitios ocultos y estratégicos. ¡Pero no se privará del último placer de hablar conmigo! ¡Esperará a...!

No quiso terminar la frase para no fijar más la idea de la total y posible destrucción de «Centauri» por aquel loco. Luego añadió:

— Dejen una astronave en los hangares. La mía debe de estar aún allí. La utilizaré para regresar con ellos si deciden rendirse... ¡O solo!

Ada Lynn ya conocía lo suficiente a aquel hombre para discutir sus decisiones y por eso, colgándose de su brazo y enfrentándose a la vez con los reunidos, aclaró:

— Me quedo contigo, Dary. El viaje a la Tierra será así como nuestro anticipado viaje de luna de miel.

— No, Ada, cariño. ¡Tú irás con ellos! ¡Debo bajar a esa madriguera solo!

Durante algunos minutos todos discutieron a la vez, hasta que el prudente doctor Egan Hunter recordó:

— ¡Los minutos vuelan, señores! ¡Pueden ser fatales para todos! Tenemos que llevar a esos hombres y mujeres rubias al lugar de los deportados. ¡Miles de compañeros nuestros gimen allí! Ya es hora de libertar a esos pobres.

Por última vez, Dary Cowby rogó a la muchacha:

— Por favor, cariño. ¡No hagas las cosas más difíciles! Nos veremos en la Tierra y recordaremos todo esto como una pesadilla. Cuando se lo expliquemos a nuestros hijos...

No pudo terminar porque, amorosamente, ella se echó en sus brazos delante de todos y selló sus labios con los suyos.

Posiblemente los dos sabían que era la despedida definitiva...

* * *

Dary Cowby tuvo la sensación de más completa soledad que puede tener un hombre perdido en un lejano planeta del infinito Universo, sentenciado a desaparecer.

Ya nadie quedaba en el distrito. Las astronaves habían partido hacia el Mar de las Tormentas. En pocos minutos llegarían allí, cambiarían la carga y todos sus amigos partirían hacia la amada y añorada Tierra.

La sensación de soledad aumentaba a la vista de muchos edificios medio destruidos en la lucha. Algunos habían sido volados, otros permanecían en posturas grotescas, como gigantescos monstruos de acero y vidrio resquebrajado descansando al sol, igual que muchos cadáveres tendidos en las calles, las manos aún aferradas a las armas de rayos «Láser» que habían utilizado hasta el último aliento.

«¡Héroes anónimos! —musitó para sí Dary Cowby al pasar ante ellos—. Pero Ada y los que se salvan reivindicarán sus nombres.»

Se agachó y a una mujer con toda la cara chamuscada le arrancó el arma de las manos. En su brazo tenía un número marcado que le recordó el día de su llegada, cuando la vio en el jardín la mañana que saltó por la ventana.

Era el 2.301.

Eva: Eva 2.301. Una de tantas hermosas mujeres rubias creadas

artificialmente en «Centauri». ¡Y seguro que había luchado contra ellos!

Siguió avanzando, hasta llegar junto a los escombros del gigantesco edificio de Control, ahora totalmente destruido. Otro recuerdo del día que en él amplio hemiciclo se reunió aquella uniforme multitud para saber si aceptaría firmar y prometer cumplir los Estatutos de la Junta Rectora.

Si lograba encontrar la losa de mármol blanco volvería a ponerse sobre ella para que, al ceder, le condujera a las regias instalaciones subterráneas desde donde el fanático Número Uno había regido a «Centauri». Tenía que volver a hablar con aquel loco, con aquel demente que podía hacer que todos los esfuerzos resultaran inútiles.

¿Sería cierto que podía desintegrar el planeta?

«Al menos que lo haga cuando ya todos estén a salvo», pensó.

No encontró la losa de mármol blanco. Entre tantos escombros y ruinas resultaría una tarea imposible.

Pero, de pronto, la voz, la misteriosa voz del Número Uno resonó cascada entre las ruinas, guiándole:

— Por la derecha, señor Cowby. ¡Sabía que no faltaría a la cita!

Dary Cowby se envaró, quedando rígido.

— ¿A la cita, Gran Cosmocrátor? No recuerdo que tuviéramos una cita.

— Todos los espíritus selectos son, en una u otra forma, hermanos. Y tarde o temprano se encuentran. ¡En la cita final!

— Observo que ya no me tutea ni me llama Dary. ¡Ni por mi número!

— ¡Oh, señor Cowby! Debo admitir que se ha hecho usted digno de mi respeto y admiración.

— ¡Cuánto honor, Gran Cosmocrátor!

— Por favor: déjese de tardías zalemas. Puede llamarme Adolf Meisser. ¡Es mi nombre!

— Lo sabía, señor Meisser. La última vez que hablamos recuerde que me dijo que le trasladaron aquí al frente del Gobierno de «Centauri». ¡No podía ser otro!

— Siga a la derecha, por favor, señor Cowby. Ha quedado una entrada secreta abierta tras volar el edificio. Espero que, con su aguda inteligencia, la encontrará. Y, en todo caso, si ella le falla, guíese por mi voz.

— Gracias, ya me estoy acostumbrando a ella.

Dary Cowby penetró en una galería, cuyos peldaños descendían y empezó a bajar. Las explosiones lo habían destrozado todo y de trecho en trecho, por

el suelo, se veían los cables de las instalaciones eléctricas y los circuitos de televisión.

Cuando llegó al gran salón de mármol blanco y negro de altas columnas corintias, al no encontrar a nadie, preguntó:

— ¿Debo seguir hasta la sala de tapices, para continuar charlando, señor Meisser?

— Sí, señor Cowby: es mi refugio... ¡Mi trono!

Llegó a la sala de los tapices que ya conocía y al buscar con la mirada sus ojos tropezaron con dos hombres tendidos sobre las alfombras. Parecían muertos y parte de sus cuerpos estaban carbonizados.

«¡Rayos Laser!», pensó.

La voz, tan misteriosa como siempre, tras los tapices aclaró:

— Tuve que hacerlo. Al enterarse de lo que ocurría el Número Dos y el Número Tres flaquearon y...

— Le felicito, señor Meisser — contestó Dary —. Ha ahorrado el trabajo al Tribunal que los habría juzgado.

— Me defrauda usted, señor Cowby: a ninguno de nosotros podía juzgarnos un tribunal de la Tierra. ¡Sólo yo podía ser Supremo Juez aquí!

— Dijo usted bien, señor Meisser... ¡Podía!... Pero ya no puede.

La voz contestó con jadeos de viejo excitado, produciéndole una tos enfermiza:

— ¡Aún puedo! ¡Tengo en mi mano una palanca, para desencadenar la Apocalipsis en «Centauri»!

— ¿De veras la tiene, señor Meisser?

— ¡Sí! ¡La tengo! ¡Y voy a accionarla!

Sonó un chasquido, como si alguien bajara una palanca.

Pero no se escuchó ninguna terrible explosión, sino los acordes de una música que al instante Dary Cowby identificó, con gran alivio.

— «El Crepúsculo de los Dioses», de Wagner, ¿no? — preguntó, conociendo la respuesta.

— Sí, señor Cowby. ¡Un digno fin para los dos!

Dary Cowby seguía escuchando la música que parecía inundarlo todo. El volumen fue ampliado y casi tuvo que gritar:

— ¿Siempre ha vivido aquí?

La voz cascada también se tuvo que esforzar al admitir:

— Sí, desde que me trasladaron a «Centauri».

Dary continuó escuchando los inmortales acordes de la música wagneriana y al poco exclamó, ansioso de ganar minutos precisos en aquella charla con el Gran Loco:

— ¡Oh, señor Meisser! ¡Cuán extraño deseo ambicionar el poder y perder la libertad! Apetecer el poder sobre los demás... ¡Y perder el poder sobre sí mismo!

— Se equivoca, señor Cowby: no sólo he poseído el poder absoluto sobre todos los que han vivido aquí, sino que he tenido el poder sobre mí mismo. ¡Me he hecho Grande!

— ¿Grande?... No sé, la verdad. Quizá sea un particular sentimiento mío: más en verdad que yo no juzgo grande a nadie cuando siento su empeño en empequeñecerme.

— Porque también es usted orgulloso, señor Cowby. ¡Por eso le he dicho antes que somos almas gemelas! ¡Espíritus selectos! ¡Hermanos! ¡Por eso vino! Me ha vencido y no pudo resistir la tentación de arrojarme su victoria a la cara.

— Mal podré hacerlo, sin verle el rostro, señor Meisser. ¿No me concede ese último honor?

— ¿Por qué no? ¡Se lo ha ganado, Dary Cowby!

Uno de los tapices se descorrió y sentado en un gigantesco trono de oro puso una de sus huesudas y sarmentosas manos apoyada en la palanca de un extraño mecanismo que tenía junto a él a la izquierda y la otra descansando en la rodilla, ante Dary Cowby apareció la figura humana más horripilante que jamás había visto.

Aquel hombrecillo debía de tener mucha edad: quizá frisaría en los ochenta o noventa años, y su arrugado rostro, apergaminado y con lupus en las comisuras húmedas de sus labios, más bien parecía una máscara dantesca, pero con los ojillos llenos de vida...

¡Dios santo!

¿Y aquél era el ser que amaba la Belleza, la Perfección, la Verdad, tal como cierto día le había dicho?

¿Aquél era el Monstruo que tenía sed de Azul, sed de Mar, sed de Infinito y que se sentía Cosmocrátor del Universo?

Ser enfermizo y claudicante, a punto de morir, roído por enfermedades incurables, aspiraba a ser el Creador de la Vida.

¿Había mayor locura? ¡Sólo en esto era Grande! ¡Nada más que en esto!

Aterrado, casi sin poder seguir contemplándole, Dary Cowby no pudo por menos que decir:

— ¿Y usted dice que somos iguales?

El monstruo de fealdad no se inmutó y sus cansados labios hicieron supurar los lupus escrofulosos al forzar una leve sonrisa y decir:

— ¡En arrogancia sí!

Indignado al sentirse comparado, el joven contestó con brío:

— La arrogancia del corazón es el atributo de las personas honradas: la arrogancia en las maneras es el atributo de... ¡los imbéciles!

Y había un infinito desprecio al aplicar el calificativo final.

Pero se volvió a equivocar si creyó que la vieja máscara de aquel rostro horripilante se alteraría. Más bien pareció adquirir un aire mefistofélico y divertido al refutar:

— Ya no me alcanzan sus insultos, señor Cowby. ¡«El Crepúsculo de los Dioses» está llegando a su final! Entonces volveré a crear algo. ¡Lo último!

— ¿El qué, loco, el qué?

La respuesta surgió con orgullo y demente desafío:

— ¡El Apocalipsis!

Por un instante, al ver su mano derecha de seis dedos apoyada en aquella fatídica palanca, Dary Cowby pensó que debía plegar velas y volver a una charla tranquila para ganar más y más minutos. Tenía que dar tiempo a las astronaves para que partieran hacia la Tierra cargadas con Ada Lynn y todos. Pero sus pensamientos quedaron interrumpidos al oírle adivinar:

— No tema, señor Cowby. ¡Ya no queda ninguno de sus amigos en «Centauri»! Su plan ha sido perfecto y todos han huido. Sólo quedan mis criaturas, usted y yo...

Quedó desconcertado. Nunca, ni él ni nadie, podría llegar a comprender del todo a aquel anciano loco. Por eso quiso saber, intrigado:

— ¿Los ha dejado marchar, pudiendo impedirlo?

— ¿Por qué no? ¿Quién habría cantado mi gloria, de morir todos aquí? Así ellos contarán, hablarán del sabio Adolf Meisser y de todo lo que fui capaz de crear aquí. ¡La historia tendrá miles de páginas tratando de mí!

Ya sin freno para sus sentimientos, liberado del mayor temor, el hombre joven que voluntariamente había ido a un heroico sacrificio, volvió a dar rienda suelta a su irritación y gritó:

— ¡Ególatra!

— No te irrites, Dary Cowby. Demuestra que eres un ser superior como yo. ¿O tienes miedo de morir aquí conmigo, cuando el «Crepúsculo de los Dioses» termine?

— No tengo miedo, y por eso estoy aquí. ¡Siento asco!

— Frena tu asco, porque nuestras partículas se mezclarán. Nuestros átomos viajarán juntos confundiéndose unos con otros. Las bombas de hidrógeno que tenía preparadas para destruir la Tierra, todas las cargas atómicas que tenía almacenadas, todas están conectadas a esta palanca. Sólo tengo que empezar a bajarla. ¿Lo ves? ¡Así...!

— ¿Por qué quieres destruir «Centauri»? ¡Durante miles de años resultará inhabitable!

— ¡Es mi obra! Y cuando las explosiones se desarrollen en cadena sin fin, cuando gigantescas nubes radioactivas lo inunden todo, serán como olas de incienso apocalíptico que se elevarán en mi honor.

Dary Cowby conocía la ya milenaria composición musical de Ricardo Wagner. Sabía que las últimas notas del «Crepúsculo de los Dioses» estaban llegando a su final. Por eso apartó la vista de aquel horrible rostro maligno y, elevando los ojos a la alta bóveda de mármol blanco y negro, musitó quedamente, en su último pensamiento:

— ¡Perdónale, Dios mío! ¡Está loco!

Luego en «Centauri» fue real la ¡Apocalipsis!

CONCLUSIÓN

Mientras trescientas astronaves se alejaban de «Centauri» al máximo de su velocidad.

Muchos, desde las escotillas, pudieron ver la enorme masa ígnea flotando en el espacio infinito, lanzando su corona de fuego a muchos miles de kilómetros, para al fin ocultarse tras la densa cortina de humo de todos los colores.

Ninguno podría olvidar mientras viviese aquel dantesco espectáculo, por otra parte único en su grandiosidad.

Como tampoco jamás se olvidaría el nombre de Dary Cowby...

Que no es morir, el vivir en los corazones que dejamos detrás de nosotros.

Y muchos, muchos años después, una mujer de serena belleza y cabellos muy negros con sienes ya plateadas, con los ojos habituados a sufrir, pero allá al fondo iluminados por la chispita de un gran recuerdo, aleccionaba a los jóvenes discípulos de su cátedra diciéndoles:

— ...Y recordad siempre que no es terrible la muerte, sino la muerte vergonzosa, pues el que enseña a los hombres a morir, les enseña a vivir. Por otra parte, morir más temprano o más tarde es cosa de poca importancia, cuando en ello van los destinos de la Humanidad. Lo que importa es morir bien.

La mujer se llamaba. Ada Lynn.

FIN

Próximo número:

LOS GALÁPAGOS

Por

Peter Kapra

Todo marchaba estupendamente hasta llegar a aquel mundo inhóspito y helado.

Luego aparecieron aquellos seres y la pesadilla comenzó.